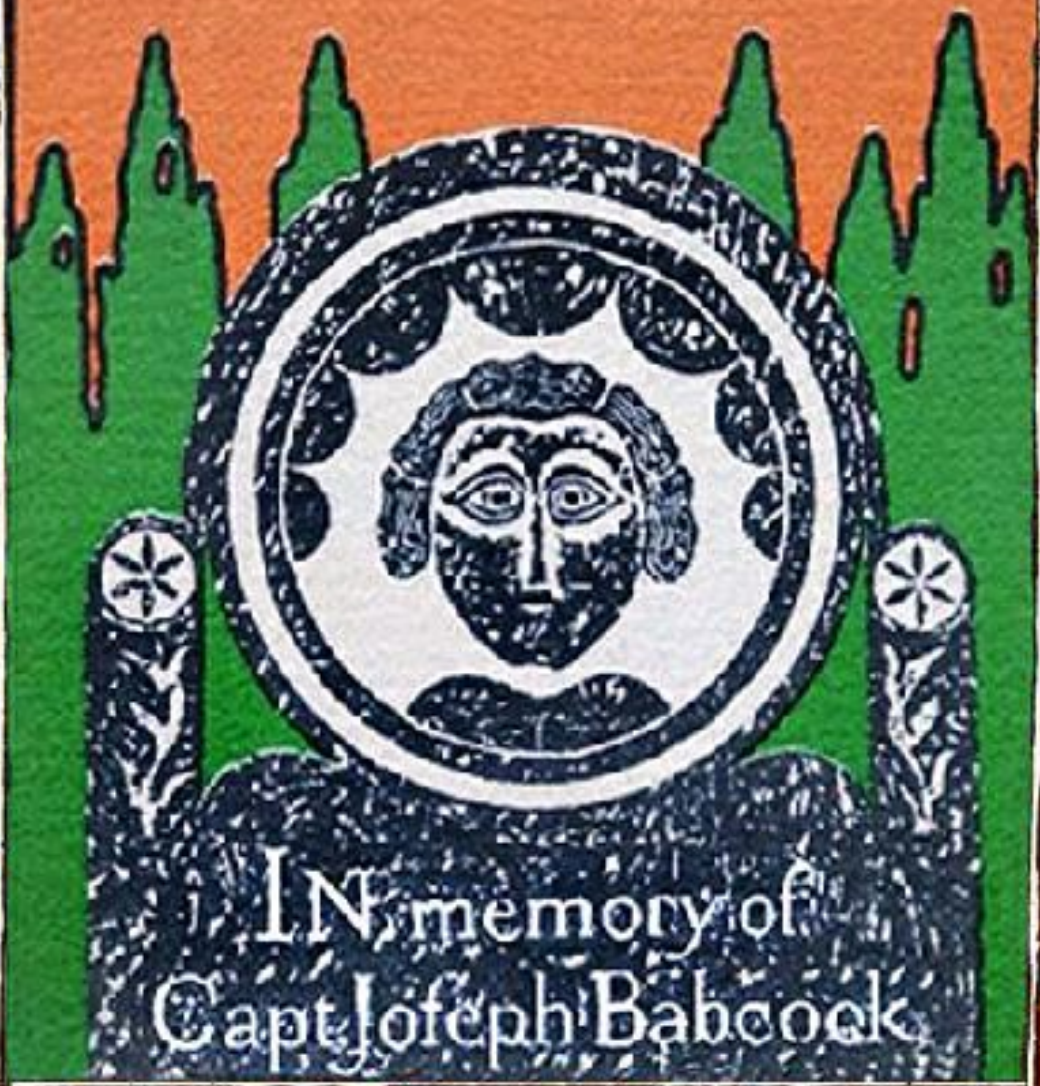
LONDON

Las muertes concéntricas



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

Para este volumen hemos elegido cinco relatos que serán otras tantas pruebas de su eficacia y de su variedad. Sólo hacia el fin de “The House of Mappuhi” el lector advierte cuál es el verdadero protagonista; “The Law of Life” nos revela un destino atroz, aceptado por todos con naturalidad y hasta con inocencia; “Lost Face” es la salvación de un hombre ante la tortura mediante un artificio terrible; “The Minions of Midas” detalla el mecanismo despiadado de una sociedad de anarquistas; “The Shadow and the Flash” renueva y enriquece un antiguo motivo de la literatura: la posibilidad de ser invisible.

Jorge Luis Borges

Jack London

Las muertes concéntricas

La Biblioteca de Babel - 01

ePub r1.2
orhi 05.11.14

Títulos originales: *The House of Mappuhi (trad. de N. Dotori)*
The Law of Life (trad. de N. Dotori)
Lost Face (trad. de J. L. Borges)
The Minions of Midas (trad. de J. L. Borges)
The Shadow and the Flash (trad. de N. Dotori)
Jack London, 1901
Traducción: N. Dotori & Jorge Luis Borges

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: Astennu y ojocigarro
ePub base r1.2

Introducción

*Jack London nació en 1876 en San Francisco de California. Su verdadero nombre era John Griffith; ese apellido galés basta para refutar la conjetura de su estirpe judía, propuesta por H. L. Mencken, según la cual todos los apellidos que corresponden a nombres de ciudades son de origen hebreo. Se ha dicho que fue hijo ilegítimo de un astrólogo ambulante, rasgo profético de su destino vagabundo. Su escuela fue el bajo de San Francisco, apodado "la costa de Berbería" y que ganó una merecida fama por su malevaje violento. Después sería buscador de oro en Alaska como Stevenson lo había sido en California. De muchacho fue soldado y luego pescador de perlas, hecho que volvería a su memoria cuando urdió las vicisitudes de "*La casa de Mapuhi*". Atravesó el Pacífico en una nave que lo llevó al Japón donde fue cazador de focas, esa cacería era ilícita; cierta balada de Rudyard Kipling nos revela que los cazadores más audaces, rivales de los ingleses y de los rusos, eran los norteamericanos. A su vuelta cursó un semestre en la universidad de su ciudad natal, ahí se convirtió al socialismo, cuyo sentido era entonces la fraternidad de todos los hombres y la abolición de los bienes personales. Ya se había destacado como periodista; fue enviado como corresponsal a la guerra ruso-japonesa. Vestido de pordiosero conoció la miseria y la dureza de los barrios más sórdidos de Londres. De esa voluntaria aventura saldría el libro* The People of the Pit. *Sus libros, de muy diversa índole, fueron traducidos a todas las lenguas, le depararon una gran fortuna que compensó los días menesterosos de la niñez. Armó el barco* The Snark*, una espléndida embarcación que le costó en mil novecientos, treinta mil dólares. Entre sus muchas obras no podemos olvidar* Before Adam*, la novela de un hombre que recupera en sueños fragmentarios las perdidas vicisitudes de una de sus vidas prehistóricas. De carácter autobiográfico y, sin duda, magnificado son* Martin Edén *y* Burning Daylight *cuyo escenario es Alaska. El protagonista de su más famosa ficción* The Call of the Wild *es un perro, Buck, que en los páramos árticos vuelve a ser lobo.*

*Para este volumen hemos elegido cinco relatos que serán otras tantas pruebas de su eficacia y de su variedad. Sólo hacia el fin de "*The House of Mapuhi*" el lector advierte cuál es el verdadero protagonista; "*The Law of Life*" nos revela un destino atroz, aceptado por todos con naturalidad y hasta con inocencia; "*Lost Face*" es la salvación de un hombre ante la tortura mediante un artificio terrible; "*The Minions of Midas*" detalla el mecanismo despiadado de una sociedad de anarquistas; "*The Shadow and fhe Flash*" renueva y enriquece un antiguo motivo de la literatura: la posibilidad de ser invisible.*

En Jack London se encontraron y se hermanaron dos ideologías adversas: la doctrina darwiniana de la supervivencia del más apto en la lucha por la vida y el infinito amor de la humanidad.

Sobre la múltiple labor de Jack London, como la análoga de Hemingway, que en cierto modo la prosigue y la exalta, se proyectan dos altas sombras: la de Kipling y la de Nietzsche. Conviene no olvidar, sin embargo, una diferencia fundamental. Kipling vio en la guerra un deber, pero no cantó nunca la victoria sino la paz que traen la victoria y los rigores bélicos; Nietzsche, que había sido testigo en el Palacio de Versalles de la proclamación del Imperio de Alemania, dejó escrito que todos los imperios no son más que una tontería y que Bismarck había agregado una cifra a esa estúpida serie. Kipling y Nietzsche, hombres sedentarios, anhelaron la acción y los

peligros que su destino les negó; London y Hemingway, hombres de aventura, se aficionaron a ella. Imperdonablemente llegaron al gratuito culto de la violencia y aun de la brutalidad. De ese culto fueron acusados en su tiempo Kipling y Nietzsche; recordemos las diatribas de Belloc y el hecho de que Bernard Shaw tuvo que defender a Nietzsche de la acusación "de haber compuesto un evangelio para matones". Ambos -London y Hemingway- se arrepintieron de su infatuación por la mera violencia; no es casual que los dos, hartos de fama, de peligro y de oro, buscaran amparo en el suicidio.

La eficacia de London fue la de un diestro periodista que domina el oficio; la de Hemingway, la de un hombre de letras que profesa determinadas teorías y las ha discutido largamente, pero ambos se asemejan, aunque no conocemos la opinión que el autor de El viejo y el mar pudo haber pronunciado sobre el autor de Sea-Wolf *en los cenáculos de Francia. Es verosímil suponer que los vaivenes de la censura marquen ahora la diferencia entre los dos y oscurezcan su afinidad.*

Jack London murió a los cuarenta años y agotó hasta las heces la vida del cuerpo y la del espíritu. Ninguna lo satisfizo del todo y buscó en la muerte el tétrico esplendor de la nada.

Jorge Luis Borges

La casa de Mapuhi

No obstante la pesada torpeza de sus líneas, el Aorai maniobró fácilmente en la brisa ligera, y su capitán lo condujo hacia adelante antes de virar apenas fuera del oleaje. El atolón de Hikueru —un círculo de fina arena de coral de un centenar de metros de ancho, con una circunferencia de veinte millas— se extendía bajo el agua, y emergía entre un metro y un metro y medio del límite de la alta marea. En el lecho de la inmensa laguna cristalina existía abundancia de ostras perlíferas, y desde el puente de la goleta, a través del ligero anillo del atolón, podía verse trabajar a los buzos. Pero la laguna no tenía acceso, ni siquiera para una goleta mercante. Con brisa favorable, los cúters podían penetrar a través del canal tortuoso y poco profundo, pero las goletas anclaban fuera y enviaban sus chalupas adentro.

El Aorai descendió con destreza una chalupa, a la que saltaron media docena de marineros de piel cobriza, vestidos sólo con taparrabos color escarlata. Tomaron los remos, mientras en la popa, empuñando el timón, permanecía un joven ataviado de blanco, según la moda de los europeos en el trópico. Pero no era totalmente europeo. La ascendencia polinesia se revelaba en el tono dorado de su piel clara, y mezclaba resplandores luminosos al centelleo azul de los ojos. El joven era Alejandro Raoul, el hijo menor de Marie Raoul, una acaudalada mujer con un cuarto de sangre polinesia, propietaria y administradora de una media docena de goletas mercantes semejantes al Aorai. Atravesando un remolino apenas fuera de la entrada, y el torbellino de la hirviente marejada, el barco se abrió camino hacia la calma espejada de la laguna. El joven Raoul saltó a la blanca arena y estrechó la mano a un nativo de elevada estatura. El pecho y las espaldas del hombre eran magníficos, pero el muñón del brazo derecho, bajo el que el hueso, blanqueado por el tiempo, se proyectaba varias pulgadas, testimoniaba el encuentro con un tiburón, que había puesto fin a sus días de buzo, y lo había convertido en un individuo servil y un intrigante de pequeños favores.

—¿Te enteraste, Alec? —fueron sus primeras palabras—. Mapuhi encontró una perla. ¡Y qué perla! Jamás se pescó una perla como ésa ni en Hikueru, ni en todas las Paumotus, ni en el mundo entero. Cómprasela. La tiene ahora. Y recuerda que te lo dije primero a ti. Mapuhi es un tonto y te la dará por poco dinero. ¿Tienes un poco de tabaco?

Caminando en línea recta por la playa, Raoul se dirigió hacia una cabaña construida bajo un árbol de pandano. Era el agente comercial de su madre, y su trabajo consistía en rastrillar todas las Paumotus buscando la riqueza de la copra, las ostras y las perlas que estas islas producían. Era nuevo en el oficio, y aquel era el segundo viaje que hacía con esa misión; le preocupaba mucho su falta de experiencia para tasar perlas. Pero cuando Mapuhi le mostró la suya, se las ingenió para contener el sobresalto que le provocó, y para mantener la expresión indiferente, comercial, de su rostro. Porque aquella perla le había causado una profunda impresión. Era grande como un huevo de paloma, una esfera perfecta, de una blancura que reflejaba luces opalescentes de todos los colores en torno a ella. Estaba viva. Jamás había visto nada semejante. Cuando Mapuhi la dejó caer en su mano, le sorprendió su pesó, que demostraba que la perla era buena. La examinó detenidamente, con una lente de aumento de bolsillo. No tenía defectos ni imperfecciones. Su pureza parecía casi disolverse en la atmósfera, fuera de su mano. A la sombra era suavemente luminosa, como una tierna luna. Su blancura era tan traslúcida que cuando la dejó caer en un vaso tuvo dificultad para encontrarla. Se

había dirigido al fondo tan directa y rápidamente, que él comprendió que su peso era excelente.
—Bueno, ¿cuánto quieres por ella? —preguntó con un sutil aire de indiferencia.
—Yo quiero… —empezó Mapuhi, y detrás de él, enmarcando su propio rostro moreno, los de dos mujeres manifestaban acuerdo con su petición. Animadas de contenida impaciencia, los ojos destelleando avaricia, inclinaban las cabezas hacia adelante.
—Quiero una casa —prosiguió Mapuhi—. Tiene que tener el techo de hierro galvanizado, y un reloj de colgar, octogonal. Tiene que tener seis brazas de largo y un porche todo alrededor. En el medio, una habitación grande, con una mesa redonda en el centro y el reloj octogonal colgando en la pared. Tiene que tener cuatro dormitorios, dos a cada lado de la habitación grande, y en cada dormitorio tiene que haber una cama de hierro, dos sillas y un lavabo. Detrás de la casa tiene que haber una cocina, una buena cocina, con ollas, cacerolas y un fogón. Y debes construir la casa en mi isla, que es Fakarava.
—¿Eso es todo? —preguntó Raoul con incredulidad.
—Tiene que haber una máquina de coser —dijo en voz alta Tefara, la esposa de Mapuhi.
—Y no te olvides del reloj colgante octogonal —añadió Nauri, la madre de Mapuhi.
—Sí, eso es todo —dijo Mapuhi.
El joven Raoul se rió. Se rió un largo rato, y de todo corazón. Pero mientras se reía, resolvía secreta y mentalmente problemas de aritmética. No había construido una casa en su vida, y sus ideas al respecto eran vagas. Mientras se reía, calculaba el costo del viaje a Tahití, para buscar materiales, el de los materiales mismos, el del viaje de vuelta a Fakarava, y el costo del desembarco de materiales y de la construcción de la casa. Sería de unos cuatro mil dólares franceses, dejando un margen de seguridad. Cuatro mil dólares franceses equivalían a veinte mil francos. Era imposible. ¿Cómo podía saber él el valor de semejante perla? Veinte mil francos era mucho dinero —y dinero de su madre, por añadidura.
—Mapuhi —dijo—, eres un gran tonto. Dime un precio en dinero.
Pero Mapuhi sacudió la cabeza, y lo mismo hicieron las tres cabezas que estaban detrás de él.
—Quiero la casa —dijo—. Tiene que tener seis brazas de largo y un porche alrededor…
—Sí, sí —lo interrumpió Raoul—. Ya sé todo sobre tu casa, pero es imposible. Te daré mil dólares chilenos.
Las cuatro cabezas opusieron a coro una negativa silenciosa.
—Y cien dólares chilenos en mercadería.
—Quiero la casa —comenzó Mapuhi.
—¿De qué te va a servir la casa? —preguntó Raoul—. El primer huracán que venga te la va a arrasar. Tendrías que saberlo. El capitán Raffy dice que es probable que venga uno ya mismo.
—No en Fakarava —dijo Mapuhi—. La tierra es más alta allí. En esta isla, sí. Cualquier huracán puede barrer Hikueru. Mi casa va a estar en Fakarava. Tiene que tener seis brazas de largo con un porche todo alrededor…
Y Raoul escuchó una vez más todo el cuento de la casa. Pasó varias horas tratando de desterrar de la mente de Mapuhi la obsesión de la casa; pero la madre y la esposa de Mapuhi, y Ngakura, su hija, lo apoyaban en su determinación de obtener la casa. Mientras escuchaba por vigésima vez la descripción detallada de la casa que querían, Raoul vió, a través de la entrada de la cabaña, la

segunda chalupa de su goleta, detenida en la playa. Los marineros reposaban en los remos, evidenciando prisa por partir. El primer oficial del Aorai saltó a tierra, cambió algunas palabras con el nativo de un solo brazo, y luego se apresuró al encuentro de Raoul. El día se había oscurecido súbitamente, porque la borrasca estaba cubriendo el sol. A través de la laguna Raoul podía ver la línea amenazadora de las ráfagas que se aproximaban.

—El capitán Raffy dice que hay que salir de aquí por todos los diablos —fue el saludo del oficial—. Si hay alguna perla, debemos correr el riesgo de venir a buscarla más tarde, así ha dicho. El barómetro ha descendido a veintinueve con setenta.

La ráfaga de viento acometió la copa del árbol de pandano y sopló con violencia contra las palmeras de cocos maduros, que cayeron al suelo con un sonido sordo.

Después apareció la lluvia, que avanzaba con el rugir de la tempestad, haciendo que el agua de la laguna, barrida por el tumulto del viento, se levantara como en hileras de humo. Cuando las primeras gotas caían ruidosamente sobre las hojas, Raoul se levantó.

—Mil dólares chilenos, dinero en mano, Mapuhi —dijo—. Y doscientos en mercaderías.

—Quiero una casa… —comenzó el otro.

—¡Mapuhi! —gritó Raoul para hacerse oír—. ¡Eres un tonto!

Se precipitó fuera de la casa y, junto con el oficial, se abrió camino trabajosamente por la playa hacia el bote, que no podían divisar. La lluvia tropical caía salpicando alrededor de ellos de modo tal que sólo podían ver la arena bajo sus pies y las maliciosas olitas de la laguna que rompían contra la playa y la mordían. Una figura atravesó el diluvio. Era Huru - Huru, el hombre de un solo brazo.

—¿Conseguiste la perla? —gritó al oído de Raoul.

—¡Mapuhi es un tonto! —fue el grito de respuesta, y un momento después se habían perdido mutuamente de vista en el agua que caía. Media hora después, Huru - Huru, que miraba desde el atolón hacia el mar, vio al Aorai izar las dos chalupas y volver la proa al mar abierto. Y cerca de la nave, recién venida del mar en alas de la tempestad, vio otra goleta que se ponía al pairo y dejaba caer un bote al agua. La conocía. Era la Orohena, propiedad de Toriki, el comerciante mestizo que hacía las veces de su propio sobrecargo, y que sin duda se encontraba en la popa de la chalupa. Huru - Huru se rió entre dientes. Sabía que Mapuhi le debía a Toriki dinero en mercaderías que éste le había adelantado el año anterior.

La borrasca había pasado. El sol ardiente llameaba y la laguna era de nuevo un espejo. Pero el aire estaba pegajoso como mucílago, y su peso parecía oprimir los pulmones, dificultando la respiración.

—¿Te enteraste de la novedad, Toriki? —preguntó Huru - Huru—. Mapuhi encontró una perla. Nunca nadie pescó una perla así en Hikueru, ni en ningún lugar de las Paumotus, ni en el mundo entero. Mapuhi es un tonto. Además, te debe dinero. Recuerda que te lo dije a ti primero. ¿Tienes un poco de tabaco?

Y Toriki se dirigió a la choza de paja de Mapuhi. Era un hombre autoritario y, por otra parte, bastante estúpido. Observó con indiferencia la maravillosa perla —la observó sólo un instante; y con indiferencia la dejó caer en su bolsillo.

—Tienes suerte —le dijo—. Es una linda perla. Te abriré un crédito en los libros.

—Quiero una casa —comenzó Mapuhi consternado—. Tiene que tener seis brazas de largo…

—¡Seis brazas tu abuela! —fue la respuesta del comerciante—. Tú quieres pagar tus deudas, eso es

lo que quieres. Me debías mil doscientos dólares chilenos. Muy bien; ya no me los debes. La deuda está saldada. Además, te fiaré mercaderías por otros doscientos chilenos. Si cuando llegue a Tahití la perla se vende bien, te fío otros cien, y ya son trescientos. Pero recuerda, sólo si la perla se vende bien. Hasta puedo perder dinero con ella.

Mapuhi se cruzó de brazos entristecido y se sentó con la cabeza gacha. Le habían robado su perla. En lugar de la casa, había pagado una deuda. No tenía nada que reemplazara a la perla.

—Eres un tonto —dijo Tefara.

—Eres un tonto —dijo Nauri, su madre—. ¿Por qué dejaste que te quitara la perla?

—¿Qué podía hacer? —protestó Mapuhi—. Le debía el dinero. Él sabía que yo tenía la perla. Ustedes mismas lo oyeron pedírmela para verla. Yo no se lo dije. Él lo sabía. Alguien se lo debe haber dicho. Y yo le debía dinero.

—Mapuhi es un tonto —remedó Ngakura.

Tenía doce años y lo único que sabía hacer era imitar a la madre y a la abuela. Mapuhi mitigó su ira dándole una bofetada en la oreja que la hizo tambalear, mientras Tefara y Nauri se echaban a llorar y continuaban vituperándolo como sólo saben hacerlo las mujeres.

Huru - Huru, observando desde la playa, vio cómo una tercera goleta que él conocía se ponía al pairo fuera de la entrada a la laguna, y dejaba caer una chalupa al agua. Era el Hira, un nombre adecuado, pues pertenecía a Levy, el judío alemán, el mayor comprador de perlas del archipiélago y, como era sabido, Hira era el dios tahitiano de los pescadores y los ladrones.

—¿Te enteraste de las noticias? —le preguntó Huru - Huru apenas Levy, un hombre gordo de rostro enorme y asimétrico, bajó a la playa.

Mapuhi encontró una perla. Jamás se vio una perla así en Hikueru, en todas las Paumotus o en el mundo entero. Mapuhi es un tonto. Se la vendió a Toriki por mil cuatrocientos dólares chilenos —yo estaba escuchando afuera y lo oí—. Toriki también es un tonto. Se la puedes comprar a él por poco. Recuerda que yo te lo dije a ti primero. ¿Tienes un poco de tabaco?

—¿Dónde está Toriki?

—En casa del capitán Lynch, bebiendo ajenjo. Hace una hora que está allí.

Y mientras Levy y Toriki bebían ajenjo y regateaban el precio de la perla, Huru - Huru escuchaba y los oía convenir el fantástico precio de veinticinco mil francos.

Fue a esta altura que tanto el Orohena como el Hira, acercándose rápidamente a la playa, comenzaron a disparar salvas de cañones y a hacer señales frenéticamente. Los tres hombres salieron a tiempo para ver que las dos goletas viraban con rapidez y se dirigían a corta distancia de la costa, soltando las velas mayores y enarbolando los foques, mientras se metían en la boca de la tormenta que los escoraba lejos, en las aguas emblanquecidas. Después, la lluvia los borró.

—Van a volver cuando haya pasado la tormenta —dijo Toriki—. Será mejor que nos vayamos de aquí.

—Calculo que el barómetro ha bajado más todavía —dijo el capitán Lynch.

Era un capitán de mar con la barba blanca, demasiado viejo para navegar, y que había descubierto que la única manera de llevarse bien con su asma era vivir en Hikueru. Entró a mirar el barómetro.

—¡Gran Dios! —lo oyeron exclamar, y se le unieron precipitadamente para mirar como hipnotizados el cuadrante, que marcaba veintinueve y veinte.

Salieron otra vez, ahora para consultar ansiosamente el mar y el cielo.
La tormenta se había alejado, pero el cielo permanecía cubierto. Las dos goletas, a las que se había unido una tercera, volvían con las velas desplegadas. Un cambio en el viento las indujo a soltar la escotilla, y cinco minutos después un súbito salto en el cuadrante opuesto llevó a las tres goletas hacia atrás, y los que estaban en la costa pudieron ver cómo los avíos de botalón se aflojaban y soltaban al vuelo. El sonido del oleaje era turbulento, hueco y amenazador, y se estaba formando una fuerte marejada. Ante sus ojos estalló un terrible relámpago, que iluminó la oscuridad del día, mientras el trueno retumbó salvajemente a su alrededor.
Toriki y Levy echaron a correr en dirección a sus chalupas, este último galopando como un hipopótamo aterrorizado. Mientras las dos embarcaciones recorrían rápidamente el canal, se cruzaron con la chalupa del Aorai que entraba. En el timón, alentando a los remeros, estaba Raoul. Incapaz de obliterar de su mente la visión de la perla, volvía para aceptar como precio la casa solicitada por Mapuhi.
Desembarcó en la playa mientras la lluvia fragorosa azotaba, y era tan densa que tropezó con Huru - Huru antes de verlo.
—Demasiado tarde —aulló Huru - Huru—. Mapuhi se la vendió a Toriki por mil cuatrocientos chilenos, y Toriki se la vendió a Levy por veinticinco mil francos. Y Levy la va a vender en Francia a cien mil francos. ¿Tienes un poco de tabaco?
Raoul se sintió aliviado. Sus preocupaciones acerca de la perla habían terminado. Ya no tenía por qué preocuparse, aun si no había obtenido la perla. Pero no le creyó a Huru - Huru. Mapuhi bien podía haberla vendido por mil cuatrocientos chilenos, pero que Levy, que entendía de perlas, hubiese pagado veinticinco mil francos, era demasiado. Raoul decidió interrogar al capitán Lynch al respecto, pero cuando llegó a la casa del viejo marinero lo encontró mirando el barómetro con los ojos desencajados.
—¿Qué lees aquí? —preguntó ansiosamente el capitán Lynch, frotándose los lentes y mirando fijamente el instrumento.
—Veintinueve con diez —dijo Raoul—. Nunca lo había visto tan bajo.
—¡Ya lo creo! —respondió el capitán—. Cincuenta años en el mar, y ni de joven ni de adulto lo he visto tan bajo. ¡Escucha!
Permanecieron callados un momento, mientras el oleaje rugía con estruendo, sacudiendo la casa. Después salieron. La tormenta había pasado. A una milla de distancia podían ver el Aorai al pairo, inclinándose y bamboleándose enloquecido en medio de las tremendas olas que rodeaban en majestuosa procesión fuera del horizonte hacia el nordeste, y se lanzaban con fuerza sobre la costa de coral. Uno de los marineros de la chalupa señaló a la desembocadura del pasaje y sacudió la cabeza. Raoul miró y vio una anarquía blanca de oleaje y espuma.
—Supongo que me voy a quedar con usted esta noche, capitán —dijo—. Después se volvió hacia el marinero y le dijo que halara la chalupa y buscara albergue para él y sus compañeros.
—Veintinueve netos —anunció el capitán Lynch, que venía con una silla en la mano después de echar otra ojeada al barómetro.
Se sentó y contempló el espectáculo del mar. Salió el sol, lo que aumentó el bochorno del día, mientras reinaba una calma mortal. El oleaje continuaba creciendo en magnitud.

—Lo que no puedo comprender es qué hace que el mar esté tan agitado —rezongó Raoul con petulancia—. No hay viento, y sin embargo, ¡mírelo, mire allí a ese compañero!
Extendiéndose a lo largo de millas y millas, llevando decenas de miles de toneladas de agua, su impacto sacudió el frágil atolón como un terremoto. El capitán Lynch se sobresaltó.
—¡Válgame Dios! —exclamó, levantándose a medias de la silla, luego dejándose caer nuevamente.
—Pero no hay viento —insistió Raoul—. Yo lo entendería si junto con el oleaje hubiese viento.
—Tendrás el viento pronto, sin que tengas que preocuparte por él —fue la cortante respuesta. Los dos hombres se sentaron en silencio. El sudor les salía de la piel en miríadas de pequeñas gotitas que corrían juntas, formando manchas de humedad, que a su vez se unían en arroyuelos que chorreaban hasta el suelo. La respiración de ambos era jadeante, y los esfuerzos del viejo resultaban especialmente penosos. El oleaje barrió la playa, lamiendo los troncos de los cocoteros, y hundiéndose luego a sus pies.
—Ha superado los límites de la alta marea —observó el capitán Lynch— y yo estoy aquí desde hace once años. —Miró el reloj—. Son las tres de la tarde.
Un hombre y una mujer, seguidos por una abigarrada corte de chiquillos y perros, pasaron desconsolados. Se detuvieron cerca de la casa, y tras muchas vacilaciones, se sentaron en la arena. Minutos más tarde, llegó otra familia en dirección opuesta; los hombres y las mujeres llevaban una variedad heterogénea de objetos. Y pronto varios cientos de personas de todas las edades y sexos se congregaron alrededor de la vivienda del capitán. Este interpeló a una recién llegada, una mujer que llevaba a un niño de pecho en los brazos, y como respuesta recibió la información de que su casa acababa de ser arrasada por la tempestad y se había hundido en la laguna.
Éste era el lugar más elevado en muchas millas, y ya en varias partes, de ambos lados, las enormes olas estaban abriendo una clara brecha en el anillo sutil del atolón y rompían en la laguna. El anillo del atolón tenía una extensión de veinte millas, y su ancho no superaba en ninguna parte a los cien metros. Era la culminación de la temporada del buceo, y los nativos venían de todas las islas circundantes, inclusive de Tahití.
—Hay mil doscientos hombres, mujeres y niños aquí —dijo el capitán Lynch—. Me pregunto cuántos habrá mañana por la mañana.
—Pero, ¿por qué no sopla el viento? Eso es lo que quiero saber —inquirió Raoul.
—No te preocupes, muchacho, no te preocupes; bien pronto vendrán tus problemas.
Mientras el capitán Lynch hablaba, una gran masa líquida castigó violentamente el atolón. El agua de mar se agitó en torno a ellos y se depositó hasta una profundidad de ocho centímetros bajo sus sillas. Un gemido sofocado de miedo se elevó entre las numerosas mujeres. Los niños, con las manos aferradas, miraban con fijeza las olas inmensas, y lloraban lastimeramente. Pollos y gatos, vadeando con dificultad en el agua, se refugiaron como de común acuerdo, volando y trepando, en el techo de la casa del capitán. Un nativo, con una camada de cachorros recién nacidos en una cesta, se trepó a un cocotero y una vez que estuvo a seis metros de altura, dejó caer la cesta. La madre se precipitó al agua, gimiendo y gruñendo. Mientras tanto, el sol brillaba restallante, y la calma chicha continuaba.
Raoul y el capitán, sentados, miraban las olas y la enloquecida inclinación del Aorai. El viejo marino contemplaba las inmensas moles de agua que avanzaban, hasta que ya no pudo mirar más. Se cubrió la cara con las manos para no ver ese espectáculo. Después entró a la casa.

—Veintiocho y sesenta —dijo tranquilamente cuando volvió.
Llevaba en el brazo un rollo de soga delgada. Lo cortó en trozos de cuatro metros, le dio uno a Raoul, guardó otro para él, y el resto lo distribuyó entre las mujeres, con el consejo de que eligieran un árbol y se treparan.
Empezó a soplar una leve brisa del noroeste, y ese soplo en su mejilla pareció alegrar a Raoul. Podía ver al Aorai que orientaba las velas y se alejaba de la costa, y lamentó no estar a bordo. La goleta siempre podía huir, pero en cuanto al atolón… El oleaje se abrió camino y lo embistió hasta hacerle casi perder el equilibrio, y entonces eligió un árbol. En ese momento se acordó del barómetro y volvió corriendo a la casa. Encontró al capitán Lynch que volvía por la misma razón, y entraron juntos.
—Veintiocho con veinte —dijo el viejo marinero—. Esto se va a convertir en un verdadero infierno. ¿Qué fue eso?
El aire parecía estar lleno de algún ímpetu desconocido. La casa vibró y tembló, y escucharon el estrépito de un sonido poderoso. Las ventanas tintinearon con violencia. Los vidrios de dos de ellas se rompieron; una ráfaga de viento se precipitó dentro, golpeándolas y haciéndolas bambolear. La puerta del lado opuesto se cerró con violencia, haciendo pedazos el cerrojo. El picaporte blanco cayó al suelo, deshecho en fragmentos. Las paredes del cuarto se combaron como un globo de gas inflado demasiado rápido. Entonces vino un nuevo sonido, como una descarga de fusilería, mientras la espuma del mar golpeaba las paredes de la casa. El capitán Lynch miró su reloj. Eran las cuatro de la tarde. Se puso una chaqueta de tela de piloto, descolgó el barómetro y se lo metió en un amplio bolsillo. Una ola embistió de nuevo la casa con un violento impacto, y la ligera construcción se inclinó, giró sobre sus cimientos, y se hundió, con el piso inclinado en un ángulo de diez grados.
Raoul salió primero. El viento lo atrapó y lo hizo rodar. Observó que se había desplazado hacia el este. Haciendo un gran esfuerzo, se arrojó sobre la arena, agazapándose y tratando de resistir. El capitán Lynch, arrastrado como un puñado de paja, cayó sobre él. Dos de los marineros del Aorai, abandonando el cocotero al que se habían trepado, acudieron en su ayuda, recostándose contra el viento en ángulos imposibles, peleando y arañando cada centímetro de terreno.
Como las articulaciones del viejo estaban rígidas y no podía trepar, los marineros, atando cortos trozos de cuerda, lo izaron al tronco, lentamente al principio, luego más rápido, hasta llegar a la copa, a unos quince metros del suelo. Raoul pasó su cuerda alrededor de la base de un árbol vecino, y siguió mirando. El viento era terrible. Jamás había soñado que pudiera soplar tan fuerte. Una ola rompió contra el atolón, empapando a Raoul hasta la rodilla antes de desaparecer en la laguna. El sol se había ocultado, dejando un cielo de plomo débilmente iluminado. Unas gotas de lluvia que caían horizontalmente lo golpearon. El impacto fue como de perdigones. Una salpicadura de rocío de sal le golpeó la cara. Fue como si un hombre le hubiera dado una bofetada. Las mejillas le ardían y lágrimas involuntarias de dolor asomaron a sus ojos. Varios cientos de nativos habían trepado a los árboles, y él podría haberse reído al ver los racimos de fruta humana que se apiñaban en las copas. Entonces Raoul, que había nacido en Tahití, dobló su cintura, se aferró al tronco del árbol con las manos, presionó con las plantas de los pies en la corteza, y comenzó a caminar árbol arriba. En la copa se encontró con dos mujeres, dos niños y un hombre. Una niñita aferraba un gato doméstico entre los brazos. Desde su nido saludó con la mano al capitán Lynch, y el valeroso patriarca

retribuyó el saludo. Raoul estaba aterrado ante el estado del cielo. Se había acercado mucho más —en realidad, éste parecía estar justo sobre su cabeza—; y había cambiado del color plomo al negro. Muchos estaban todavía en tierra, agrupados alrededor de la base de los árboles. Algunos grupos rezaban, y en uno de ellos el misionero mormón dirigía las plegarias. Un misterioso sonido rítmico, débil como el chirrido de un grillo lejano, llegó a sus oídos, pero sólo por un instante, sugiriéndole vagamente la idea del cielo y de una música celestial. Miró en torno suyo y vio, en la base de otro árbol, un grupo numeroso de personas que se sostenían unas a otras, todas tomadas de una cuerda. Pudo ver cómo cambiaba la expresión de sus rostros, mientras sus labios se movían al unísono. No le llegaba ningún sonido, pero sabía que estaban cantando himnos.

El viento continuaba soplando con más fuerza. No podía medirlo mediante ningún proceso consciente, porque hacía mucho que había superado su experiencia en cuanto a vientos; pero no obstante, de alguna manera sabía que estaba soplando más fuerte. No lejos de allí un árbol fue descuajado, despidiendo a su carga humana en la caída, y ésta desapareció bajo una enorme ola que asoló esa franja de playa. Los acontecimientos estaban sucediendo rápidamente. Vio una espalda morena y una cabeza negra perfiladas contra el blanco espumoso de la laguna. Un instante después habían desaparecido. Otros árboles desaparecían, cayendo entrecruzados como fósforos. La violencia del viento lo asombró. Su propio árbol oscilaba peligrosamente, una mujer lloraba y estrujaba a la niñita que a su vez todavía aferraba al gato.

El hombre, que tenía al otro niño, tocó el brazo de Raoul y le señaló algo. Miró y vio la iglesia mormona, corriendo a toda velocidad, como si estuviera borracha, a unos treinta metros de distancia. Había sido arrancada de sus cimientos, y el viento y el mar la levantaban y la empujaban hacia la laguna. Una espantosa pared de agua la acometió, la volteó y luego la lanzó contra media docena de cocoteros. Los racimos de fruta humana cayeron como cocos maduros. La ola, al retirarse, los mostró en el suelo, algunos inmóviles, otros retorciéndose contorsionados. Extrañamente, le recordaron a las hormigas. No estaba conmovido, sino más allá del horror. Observó como una cosa natural a la ola siguiente, que barrió la arena hasta dejarla limpia de despojos humanos. Una tercera ola, más colosal que cualquiera de las que hubiera visto, lanzó la iglesia a la laguna, donde flotó en la oscuridad a sotavento, semisumergida, recordándole exactamente al arca de Noé.

Buscó con la mirada la casa del capitán Lynch, y le sorprendió no hallarla más. Los acontecimientos se sucedían con rapidez. Notó que muchos de los que estaban en los árboles habían bajado a tierra. El viento había aumentado. Su propio árbol lo demostraba. Ya no se balanceaba más, ni se doblaba hacia un lado y hacia otro. En cambio, permanecía prácticamente estacionario, curvado en un ángulo rígido, y tan sólo vibraba. Pero la vibración le hacía daño. Era como la de un diapasón o la lengüeta de un birimbao. Lo que lo hacía insoportable era la rapidez de la vibración. Aun cuando las raíces resistieran, el árbol no podría soportar el esfuerzo durante mucho tiempo. Algo tendría que romperse. Ah, otro árbol más que caía. No lo había visto romperse, pero ahí estaba, el resto, con el tronco quebrado por la mitad. No se sabía qué estaba sucediendo, a menos que uno lo viera con sus propios ojos. En medio de ese estrépito ensordecedor, el sonido de un árbol que se quebraba, o los gemidos de desesperación humana no podían captarse. Se hallaba mirando por casualidad en dirección al capitán Lynch, cuando sucedió. Vio el tronco del árbol hacerse pedazos y desprenderse sin ruido. La parte superior, con tres marineros del Aorai y el viejo capitán, salió disparada por sobre la laguna.

No cayó a tierra pero voló por el aire como una brizna de paja. Raoul siguió su vuelo unos cien metros, hasta que vio el árbol precipitarse en el agua. Forzó la vista y creyó ver que el capitán Lynch hacía un gesto de adiós con la mano.

Raoul no esperó más. Tocó al nativo y le hizo señas con la mano, invitándolo a descender a tierra. El hombre estaba dispuesto a hacerlo, pero sus mujeres parecían paralizadas por el terror, y decidió permanecer con ellas. Raoul pasó su cuerda alrededor del árbol, y se deslizó hacia abajo. Un torrente de agua salada le pasó sobre la cabeza. Contuvo el aliento y se aferró desesperadamente a la soga. El agua se retiró y respiró de nuevo. Se aseguró la cuerda más firmemente y fue sumergido por otra ola. Una de las mujeres se deslizó hacia abajo y se le unió, mientras el nativo permanecía arriba con la otra mujer, los niños y el gato.

El agente comercial había notado que los grupos que se aferraban a las bases de los otros árboles disminuían constantemente. Ahora podía indagar por sí mismo cuál era el motivo. Debía apelar a todas sus fuerzas para permanecer sujeto, y la mujer que estaba a su lado se estaba debilitando. Cada vez que emergía de una ola le maravillaba encontrarse todavía allí, como también el hecho de que allí estuviera la mujer. Finalmente, al retirarse una ola, se encontró solo. Miró hacia arriba. La copa del árbol había desaparecido. A la mitad de la altura original, vibraba el tronco despedazado. Estaba a salvo. Las raíces todavía resistían, porque el árbol había sido liberado de su peso. Empezó a trepar. Estaba tan débil que lo hizo lentamente; una tras otra, las olas lo alcanzaron hasta que logró elevarse por encima de ellas. Entonces se ató al tronco y se armó de coraje para enfrentar la noche y lo desconocido.

Se sentía muy solo en la oscuridad. A veces le parecía que aquello era el fin del mundo y que él era el último sobreviviente. El viento seguía aumentando. Aumentaba hora tras hora. Cuando, según sus cálculos, debían ser las once de la noche, el viento se había convertido en algo increíble. Era una cosa horrible, monstruosa, una furia ululante, una oleada que azotaba y pasaba, pero volvía a golpear y a pasar —un muro sin fin. Raoul se sentía leve y etéreo; le parecía que el que estaba en movimiento era él, que viajaba a una velocidad incontenible atravesando una interminable solidez. El viento ya no era aire en movimiento. Había adquirido consistencia, como el agua o el mercurio. Tenía la sensación de poder alcanzarlo y desgarrarlo, en pedazos, como a la carne del esqueleto de un ternero; de poderlo aferrar y permanecer suspendido de él como si fuera un acantilado.

El viento lo sofocaba. No podía enfrentarlo y respirar, porque se le precipitaba en la boca y la nariz, distendiéndole los pulmones como si fueran vejigas. En esos momentos le parecía que su cuerpo estaba hinchado y repleto de tierra sólida. Sólo lograba respirar si apretaba los labios al tronco del árbol. El impacto incesante del viento lo dejaba exhausto. El cuerpo y la mente debilitadas, ya no observaba ni pensaba, y estaba semiinconsciente. Una sola idea constituía su conciencia: *Así que esto era un huracán*. Esa única idea persistía irregularmente. Era como una débil llama que fluctuaba de tanto en tanto. Volvía a ella de un estado de estupor: *Así que esto era un huracán*. Entonces caía en otros estados de estupor.

El apogeo del huracán duró desde las once de la noche hasta las tres de la mañana, y fue a las once cuando se quebró el árbol en que estaba Mapuhi con las mujeres. Mapuhi salió a la superficie de la laguna, aferrando todavía a su hija Ngakura. Sólo un isleño de los mares del Sur hubiera podido sobrevivir. El tronco al que estaba sujeto giraba y giraba en el remolino de espuma, y sólo

aferrándose a él unos segundos para soltarlo después y asirse a él de nuevo por un lugar diferente, logró sacar su cabeza y la de Ngakura a la superficie, a intervalos lo suficientemente regulares como para poder respirar. Pero el aire era sobre todo agua: una nube de espuma de mar y de lluvia que caía de todos los lados.

Atravesando la laguna hasta el otro lado del anillo de arena había una extensión de diez millas. Aquí, los troncos de árboles que caían, los restos de embarcaciones, las ruinas de las casas, habían matado a nueve de cada diez de los seres miserables que habían sobrevivido al cruce de la laguna. Semiahogados, exhaustos, se veían lanzados a este mortero enloquecido de los elementos, y reducidos a una masa informe de carne. Pero Mapuhi fue afortunado. Tenía una probabilidad entre diez, y, por un capricho del destino, le había tocado a él. Emergió en la arena, sangrando de una veintena de heridas. Ngakura tenía el brazo izquierdo quebrado; los dedos de la mano derecha estaban triturados; una mejilla y la frente estaban partidas hasta el hueso. Se aferró a un árbol que estaba todavía en pie, sosteniendo a la chica y tratando desesperadamente de respirar, mientras las aguas de la laguna lo cubrían hasta la rodilla y a veces hasta la cintura.

A las tres de la mañana la espina dorsal del huracán se quebró. A las cinco sólo soplaba una brisa obstinada. Y a las seis reinaba una calma chicha y brillaba el sol. El mar se había calmado. En una orilla de la laguna todavía inquieta, Mapuhi vio los cuerpos destrozados de los que habían fracasado en el descenso a tierra. Sin duda Tefara y Nauri se hallaban entre ellos.

Caminó por la playa examinándolos, y se encontró con su esposa, que estaba mitad dentro, mitad fuera del agua. Se sentó en el suelo y lloró, emitiendo ásperos sonidos animales para expresar su primitivo dolor. Entonces ella se movió con dificultad y gimió. Mapuhi la observó con detenimiento. No sólo estaba viva, estaba ilesa. Simplemente, dormía. También a ella le había tocado esa posibilidad entre diez.

De los mil doscientos de la noche anterior, sólo quedaban trescientos. El misionero mormón y un gendarme hicieron el censo. La laguna estaba repleta de cadáveres. No quedaba en pie ni una casa ni una cabaña. En todo el atolón no había quedado piedra sobre piedra. De cada cincuenta cocoteros, sólo quedaba uno en pie, y los que quedaban estaban destrozados, sin un solo coco. No había agua fresca. Los pozos poco profundos que recogían el agua de lluvia filtrada estaban llenos de sal. De la laguna se recuperaron unas pocas bolsas de harina, empapadas. Los sobrevivientes cortaban la parte interna de los cocoteros caídos y la comían.

Aquí y allá excavaban en la arena pequeñas cuevas y las cubrían con los fragmentos de metal de los techos. El misionero construyó un alambique elemental, pero no pudo destilar agua suficiente para trescientas personas. Al final del segundo día, Raoul descubrió, mientras se daba un baño en la laguna, que su sed se aliviaba. Gritó a todos las noticias, y por consiguiente se pudo ver a trescientos hombres, mujeres y niños sumergidos en la laguna hasta el cuello y tratando de absorber agua a través de la piel. Los muertos flotaban alrededor de la gente o eran pisoteados, ya que todavía yacían en el fondo. El tercer día los enterraron y se sentaron a esperar las lanchas de rescate.

Mientras tanto, Nauri, separada de su familia por el huracán, había sido arrastrada lejos a una aventura solitaria. Aferrada a un tosco tablón que la lastimaba y se le clavaba en la carne, había sido arrojada lejos del atolón y llevada por el mar. Aquí, bajo los golpes de olas altas como montañas, había perdido el tablón. Era una anciana de casi sesenta años; pero había nacido en las Paumotus y

en toda su vida no se había alejado del mar. Mientras nadaba en la oscuridad, sofocada, asfixiada, luchando por un poco de aire, un coco la había golpeado con violencia en un hombro. En un instante había formulado un plan y se había aferrado al coco.

Durante la hora siguiente, había capturado siete cocos. Atados juntos, formaron una boya salvavidas que le había conservado la vida, aunque al mismo tiempo amenazaba convertirla en gelatina. Era una mujer gorda y se magullaba con facilidad; pero tenía experiencia en huracanes, y mientras oraba a su dios tiburón para que la protegiera de los tiburones, esperó que el viento cesara. Pero a las tres estaba en tal estado de aturdimiento que no se daba cuenta de nada. Tampoco se dio cuenta cuando a las seis se había instalado la calma chicha. Recién recobró la conciencia cuando las olas la arrojaron en la arena. Se abrió camino con las manos y los pies ensangrentados, en carne viva, y manoteó en el agua hasta que quedó lejos del alcance de las olas.

Sabía dónde estaba. Aquella tierra no podía ser otra que la diminuta isla de Takokota. No tenía laguna. Allí no vivía nadie. Hikueru estaba a quince millas de distancia. No alcanzaba a verla pero sabía que estaba hacia el sur. Los días pasaban y Nauri se alimentaba de los cocos que la habían mantenido a flote. Le proporcionaban agua para beber y comida. Pero Nauri no comía ni bebía cuanto hubiera querido. El rescate se hacía problemático. Vio el humo de las lanchas de auxilio en el horizonte, pero, ¿qué lancha iba a venir a la solitaria, deshabitada Takokota?

Desde el principio la habían atormentado los cadáveres. El mar persistía en arrojarlos a su parcela de arena, y ella, hasta que las fuerzas le faltaron, en devolvérselos al mar, donde los tiburones los destrozaban y los devoraban. Cuando las fuerzas le faltaron, los cadáveres adornaron su playa en un espectáculo horrendo, y ella se apartó todo lo que pudo, que no era mucho. Al décimo día ya se había comido todos los cocos, y estaba consumida por la sed. Se arrastró en la arena, buscando cocos. Le resultaba extraño que flotaran tantos cadáveres y ningún coco. ¡Tenía que haber más cocos que cadáveres flotando! Finalmente abandonó la búsqueda y se dejó caer, exhausta. El fin había llegado. Sólo quedaba esperar la muerte.

Mientras salía de un letargo, se dio cuenta con lentitud de que estaba contemplando unos cabellos rojizos de la cabeza de un cadáver. El mar arrojaba el cuerpo cerca de ella, después lo retiraba. Las olas lo dieron la vuelta y ella se dio cuenta de que no tenía cara. Sin embargo, había algo familiar en esos cabellos rojizos. Pasó una hora. No se preocupó por identificarlo. Estaba esperando la muerte, y le importaba poco saber qué hombre podría haber sido aquel horror.

Pero después de un rato se sentó lentamente y observó el cadáver con atención. Una ola desmesuradamente grande lo había arrojado lejos del alcance de las olas menores. Sí, tenía razón, ese pelo colorado sólo podía pertenecer a un hombre en las Paumotus. Era Levy, el judío alemán, el hombre que había comprado la perla y se la había llevado en el Hira. Bueno, una cosa resultaba evidente: el Hira se había perdido. El dios de los pescadores y de los ladrones había traicionado al comprador de la perla.

Se arrastró hasta el muerto. Tenía la camisa arrancada y se le veía el cinturón de cuero con el dinero. Conteniendo la respiración, luchó para desprenderle la hebilla. Cedió más fácilmente de lo que había esperado, y se arrastró de prisa por la arena, llevando el cinturón tras de sí. Uno tras otro soltó los bolsillos del cinturón, y los encontró vacíos. ¿Dónde podía haberla puesto? La encontró en el último bolsillo, la primera y única perla que había comprado en el viaje. Se arrastró unos pocos metros,

para huir de la pestilencia del cinturón y examinó la perla, era la que Mapuhi había encontrado, la que Toriki le había robado. La sopesó en la mano y la hizo rodar acariciadoramente en la palma. No vio en ella ninguna belleza intrínseca. Lo que vio fue la casa que Mapuhi, Tefara y ella habían construido tan cuidadosamente en la imaginación. Cada vez que miraba la perla veía la casa con todos sus detalles, incluyendo el reloj octogonal colgando de la pared. Era un motivo para vivir. Cortó una tira de su propio *ahu* y ató la perla firmemente en torno a su cuello. Después fue a la playa, jadeando y gimiendo, pero buscando cocos con resolución. Muy pronto encontró uno y, mirando alrededor, un segundo. Quebró uno, se bebió el agua, que tenía gusto a moho, y se comió hasta la última partícula de la carne. Un poco después encontró una piragua averiada. Le faltaba el tangón, pero la vieja estaba llena de esperanzas y lo encontró antes de que terminara el día. La perla era un talismán. Cada hallazgo era un augurio. Al atardecer vio una caja de madera que flotaba en el agua. Cuando la arrastró hasta la playa notó que su contenido hacía ruido, y encontró adentro diez latas de salmón. Abrió una martillándola contra la canoa. Cuando hubo practicado un pequeño orificio, sacó el aceite. Después de eso dedicó varias horas a extraer el salmón, martillando y arrancando un bocado por vez.

Esperó el rescate ocho días más. Mientras tanto, aseguró el tangón en la parte posterior de la canoa, utilizando como ligadura las fibras de todos los cocos que pudo encontrar y también lo que quedaba de su *ahu*. La canoa estaba muy agrietada, y no logró hacerla a prueba de agua, pero depositó a bordo una media cáscara de coco para desagotarla. El problema de los remos le resultó de difícil solución. Con un trozo de lata se cortó los cabellos al ras, y los trenzó para hacer una cuerda. Con la cuerda ligó un pedazo de mango de escoba de un metro a una tabla de la caja de salmón. Con los dientes royó cuñas, y con ellas fijó las ligaduras.

El decimoctavo día, a medianoche, botó la canoa en la marejada y partió rumbo a Hikueru. Era una mujer vieja. Las privaciones la habían despojado de grasa hasta tal punto que sólo le quedaban los huesos, la piel y unos pocos músculos correosos. La canoa era grande y hubiera necesitado tres remeros fuertes. Pero lo hizo ella sola, con un remo improvisado. Además la canoa hacía agua, y había que dedicar un tercio del tiempo a desagotarla. Cuando se hizo de día buscó Hikueru en vano. A popa, Takokota había desaparecido bajo el horizonte. El sol crecía en su desnudez, obligando a su cuerpo a despojarse de su humedad. Quedaban dos latas de salmón, y en el curso del día les practicó agujeros y se bebió el líquido. No pudo dedicar tiempo a extraer la carne. La corriente iba hacia el oeste; aunque ella remara hacia el sur, la arrastraba consigo. En las primeras horas de la tarde, de pie en la canoa, divisó Hikueru. Su riqueza de cocoteros había desaparecido.

Sólo aquí y allá, a grandes intervalos, podían verse los restos de algunos cocoteros estropeados. La vista la alegró. Estaba más cerca de lo que hubiera pensado. La corriente la arrastraba hacia el oeste. Luchó contra ella y siguió remando. Las cuñas de la ligadura del remo se aflojaron, y perdió mucho tiempo en repararlas a intervalos frecuentes. Además había que desagotar: cada tres horas debía perder una para desagotar. Y mientras tanto la corriente la llevaba al oeste.

Hacia el ocaso, Hikueru estaba al sudeste, a tres millas de distancia. Había luna llena, y a las ocho de la noche la tierra estaba en dirección al este, y a dos millas. Luchó una hora más, pero la tierra estaba siempre igualmente lejana. Estaba en poder de la corriente; la canoa era demasiado grande; el remo demasiado inadecuado; y debía emplear demasiado tiempo en desagotar. Además, estaba muy

débil y cada vez se debilitaba más. Pese a todos sus esfuerzos, la piragua continuaba llevándola hacia el oeste.
Susurró una plegaria a su dios tiburón, se deslizó al agua y empezó a nadar. El agua realmente la refrescó, y muy pronto la canoa quedó lejos. Después de una hora, la tierra estaba perceptiblemente más cercana. Entonces vino el espanto. Delante de sus ojos, a menos de seis metros de distancia, una gran aleta cortaba el agua. Nauri nadó con decisión hacia la aleta, y ésta se alejó lentamente, describiendo una curva a la derecha, y girando alrededor de ella. La vieja siguió nadando, mientras vigilaba la aleta. Cuando ésta desaparecía, se tendía cara al agua, con los ojos bien abiertos. Cuando reaparecía, continuaba nadando. Era evidente que el monstruo era perezoso. Sin duda había estado bien alimentado desde el huracán. Ella sabía que si hubiera estado muy hambriento, no hubiera dudado en atacarla. Tenía casi cinco metros de largo, y con un solo mordisco la podía cortar por la mitad.
Pero Nauri no tenía tiempo para perder con el tiburón. Nadase o no, la corriente la alejaba de tierra de todos modos. Pasó media hora, y el tiburón empezó a hacerse más audaz. Como no vio en ella ningún peligro, el monstruo se le acercó más, nadando en círculos que se hacían más estrechos; al pasarle cerca, le lanzaba miradas frontales. Tarde o temprano, ella lo sabía bien, juntaría coraje suficiente para atacarla.
Resolvió adelantársele. Lo que estaba meditando era una tentativa desesperada. Ella era una mujer vieja, sola en el mar y debilitada por las privaciones y las penurias; y sin embargo, ella, frente a ese tigre del mar, debía anticiparse a su ataque atacando primero. Siguió nadando mientras esperaba el momento apropiado. Finalmente, el tiburón pasó lánguidamente, apenas a dos metros de distancia. Ella se precipitó contra él, fingiendo que lo atacaba. El monstruo sacudió violentamente la cola mientras escapaba, y su áspero pellejo, al golpearla, le arrancó la piel desde el codo hasta el hombro. Nadó rápidamente, en un círculo cada vez más amplio, y finalmente desapareció.
En un agujero en la arena, cubierto con fragmentos de techo metálico, Mapuhi y Tefara estaban acostados disputando.
—Si hubieras hecho como yo te dije —repitió Tefara por milésima vez— y escondido la perla, y no se lo hubieras contado a nadie, ahora la tendrías.
—Pero Huru - Huru estaba conmigo cuando yo abrí la ostra. ¿No te lo dije ya infinidad de veces?
—Y ahora no vamos a tener la casa. Raoul me dijo ayer que si no hubieras vendido la perla a Toriki…
—Yo no la vendí. Toriki me la robó.
—… que si no hubieras vendido la perla, él te habría dado cinco mil dólares franceses, que equivalen a diez mil chilenos.
—Estuvo hablando con la madre —explicó Mapuhi—; ella sí que entiende de perlas.
—Y ahora la perla está perdida —se quejó Tefara.
—Pagó mi deuda con Toriki. De todos modos son mil doscientos dólares.
—Pero Toriki está muerto —gritó ella—. No han sabido nada de su goleta. Se perdió junto con el Aorai y el Hira. ¿Te va a pagar Toriki los trescientos dólares de crédito que te prometió? No, porque Toriki está muerto. Y si no hubieras encontrado ninguna perla, ¿le deberías hoy a Toriki los mil doscientos? No, porque Toriki está muerto y no puedes pagarle a un muerto.

—Pero Levy no le pagó a Toriki —dijo Mapuhi—. Le dio un pedazo de papel que servía para el dinero, en Papeete; y ahora Levy está muerto y no puede pagar, y Toriki está muerto y el papel se perdió con él, y la perla se perdió con Levy. Tienes razón, Tefara. Yo perdí la perla y no obtuve nada a cambio. Ahora vamos a dormir.

Levantó la mano y súbitamente escuchó. De afuera les llegó un ruido, como de alguien que respiraba pesadamente y con dolor. Una mano tanteó la estera que servía de puerta.

—¿Quién está ahí? —gritó Mapuhi.

—Nauri —fue la respuesta—. ¿Puede decirme dónde está mi hijo Mapuhi?

Tefara dio un grito y se aferró al brazo de su marido.

—¡Un fantasma! —gritó mientras los dientes le castañeteaban—. ¡Un fantasma!

El rostro de Mapuhi había tomado un color lívido. Se prendió débilmente de su mujer.

—Buena mujer —dijo en un tono tembloroso, tratando de disfrazar su voz—. Conozco bien a su hijo. Vive en el lado oriental de la laguna.

De afuera les llegó un suspiro. Mapuhi comenzó a sentirse triunfante. Había engañado al fantasma.

—Pero, ¿de dónde vienes, anciana? —le preguntó.

—Del mar —fue la abatida respuesta.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Tefara mientras se balanceaba en un frenético vaivén.

—¿Desde cuándo duerme Tefara en casa extraña? —llegó la voz de Nauri a través de la estera.

Mapuhi miró a su esposa con miedo y reproche. Era su voz la que los había traicionado.

—¿Y desde cuándo Mapuhi, mi hijo, ha renegado de su vieja madre? —continuó la voz.

—No, no, yo no he…, Mapuhi no ha renegado de ti —gritó—. Él está en el lado oriental de la laguna, te digo.

Ngakura se sentó en la cama y se puso a llorar. La estera empezó a temblar.

—¿Qué estás haciendo? —requirió Mapuhi.

—Entro —dijo la voz de Nauri.

Un extremo de la estera se levantó. Tefara trató de meterse bajo las mantas, pero Mapuhi se le aferraba. Tenía que aferrarse a algo. Juntos, luchando uno contra otro, con los cuerpos temblorosos y los dientes que les castañeteaban, miraron con ojos desorbitados la estera que se movía. Vieron a Nauri, chorreando agua, sin su *ahu*, que se deslizaba dentro. Rodaron dándole la espalda, mientras se peleaban por la manta de Ngakura para taparse la cabeza.

—Podrías darle a tu vieja madre un poco de agua para beber —dijo el fantasma quejumbrosamente.

—Dale un poco de agua —exigió Tefara con voz temblorosa.

—Dale un poco de agua —Mapuhi le pasó la orden a Ngakura.

Y juntos sacaron a Ngakura a puntapiés de abajo de la manta. Un minuto más tarde Mapuhi espió y vio al fantasma bebiendo agua.

Cuando tendió una mano temblorosa y la puso sobre la suya, sintió su peso y se convenció de que no era ningún fantasma. Entonces salió afuera, arrastrando a Tefara tras de sí, y en pocos minutos todos escuchaban el relato de Nauri. Y cuando les contó acerca de Levy y depositó la perla en la mano de Tefara, hasta ella se reconcilió con la realidad de que su suegra hubiera vuelto.

—Mañana a la mañana —dijo Tefara— le vas a vender la perla a Raoul por cinco mil franceses.

—¿Y la casa? —objetó Nauri.

—Él va a construir la casa —respondió Tefara—. Él dice que va a costar cuatro mil franceses. También va a dar mil franceses a crédito, que son dos mil chilenos.
—¿Va a tener seis brazas de largo? —indagó Nauri.
—Sí —replicó Mapuhi—. Seis brazas.
—¿Y en el cuarto del medio va a estar el reloj octogonal de colgar?
—Sí, y la mesa redonda también.
—Entonces denme algo para comer, porque tengo hambre —dijo Nauri con satisfacción—. Y después vamos a dormir, porque estoy cansada. Y mañana, antes de vender la perla, vamos a hablar más sobre la casa. Sería mejor que nos dieran los franceses al contado. El dinero siempre es mejor que el crédito cuando se trata de comprarles mercaderías a los comerciantes.

La ley de la vida

El viejo Koskoosh escuchaba con avidez. Aunque hacía mucho tiempo que la vista se le había debilitado, su oído seguía siendo agudo, y el más leve sonido penetraba en la centelleante inteligencia que todavía mostraba tras la mustia frente, pero que ya no contemplaba las cosas del mundo. ¡Ah! Esa era Sit - cum - to - ha, que maldecía con voz estridente a los perros, mientras los castigaba y les ponía los arreos a golpes.

Sit-cum-to-ha era la hija de su hija, pero estaba demasiado ocupada para malgastar un pensamiento en su agotado abuelo, sentado solo, allí, en la nieve, desamparado e indefenso. Había que levantar el campamento. La larga senda aguardaba, en tanto que el breve día se negaba a persistir. La vida la llamaba, y también los deberes de la vida y no la muerte. Y él ahora estaba muy cerca de la muerte.

El pensamiento llenó al viejo de pánico por un momento, y extendió una mano trémula que vagó temblorosa sobre la pequeña pila de leña seca que había a su lado. Una vez que se hubo asegurado de que, en efecto, estaba allí, su mano volvió al refugio de sus pieles sarnosas, y él se dedicó nuevamente a escuchar. El áspero crujido de pieles semicongeladas le informó que la tienda de piel de alce del jefe había sido desarmada, y que en ese momento la estaban plegando y comprimiendo para poder transportarla. El jefe era su hijo, fornido y fuerte, cabeza de la tribu y un cazador formidable.

Mientras las mujeres se afanaban con los trastos del campamento, su voz se elevó para increparlas por su lentitud. El viejo Koskoosh aguzó el oído. Era la última vez que escucharía esa voz. ¡Ahí se iba la tienda de Geehow! ¡Y la de Tusken! Siete, ocho, nueve; sólo la del hechicero podía quedar todavía en pie. ¡Ah, ahora trabajaban en ella! Pudo escuchar el gruñido del hechicero mientras la cargaba en el trineo. Un niño lloriqueó y una mujer lo calmó con una suave cantinela gutural. El pequeño Koo - tee, pensó el anciano, un chico inquieto y no demasiado fuerte. Tal vez moriría pronto, y abrirían un hoyo, con fuego, en la tundra helada, y apilarían rocas encima para alejar a los glotones.

Bueno, ¿qué importaba? Unos pocos años más, en el mejor de los casos, y tantos estómagos vacíos como llenos. Y al final, aguardaba la Muerte, siempre hambrienta, de todos ellos la más hambrienta.

¿Qué era eso? Oh, los hombres atando los trineos y poniendo tensas las correas. Él, que ya no oiría más, escuchó. Los látigos gruñían y dentelleaban entre los perros. ¡Cómo gemían! ¡Cómo odiaban el trabajo y la senda! ¡Ya partían! Trineo tras trineo, agitaban la nieve y se alejaban lentamente, hacia el silencio. No estaban más. Se habían ido de su vida y él enfrentaba, solo, la última hora amarga. No. La nieve crujió bajo un mocasín; había un hombre a su lado; una mano se posó con suavidad en su cabeza. Su hijo era bueno al hacer esto. Él recordaba a otros ancianos cuyos hijos no habían esperado tras la partida de la tribu. Pero su hijo sí. Se dejó llevar hacia el pasado, hasta que la voz del joven lo trajo de vuelta al presente.

—¿Estás bien? —preguntó.

Y el viejo respondió:

—Estoy bien.

—Hay leña a tu lado —continuó el más joven—, y el fuego arde bien. La mañana está gris y helada. Pronto va a nevar. Ya está nevando.

—Sí, ya está nevando.
—La tribu está apurada. Sus fardos son pesados y sus vientres están chatos por falta de alimentos. La senda es larga y viajan deprisa. Me voy ahora. ¿Estás bien?
—Está bien. Soy como la hoja del año pasado, que se aferra débilmente al tallo. Al primer soplo, caeré. Mi voz se ha vuelto como la de una vieja. Mis ojos ya no me muestran el camino de mis pies, y mis pies están pesados y estoy cansado. Está bien.
Inclinó la cabeza en señal de satisfacción hasta que el último sonido de la nieve quejumbrosa se hubo apagado, y supo que ya no podría llamar a su hijo. Luego su mano se arrastró, presurosa, hacia la leña: era lo único que se interponía entre él y la eternidad que se abría ante él. Finalmente, la medida de su vida era un manojo de leños. Uno por uno irían a alimentar el fuego, y del mismo modo, paso a paso, la muerte se deslizaría sobre él. Cuando la última rama se hubiese entregado al calor, la helada comenzaría a adquirir fuerza. Primero se rendirían los pies, luego las manos; y el entumecimiento lo recorrería, lentamente, desde las extremidades hasta el cuerpo. La cabeza se le caería sobre las rodillas, y él descansaría. Era fácil. Todos los hombres deben morir. No se quejaba. Era el modo de vida, y era justo. Él había nacido cerca de la tierra, cerca de la tierra había vivido, y la ley de ésta no era nueva para él. Era la ley de toda la carne. La naturaleza no era bondadosa con la carne. Esa cosa concreta que se denomina el individuo no le interesaba. Su interés se concentraba en las especies, la raza. Ésta era la abstracción más profunda de que era capaz la mentalidad bárbara del viejo Koskoosh, pero la entendía cabalmente. La veía ejemplificada en toda la vida. El desarrollo de la savia, el verde estallido de la yema del sauce, la caída de la hoja amarillenta: en esto sólo estaba narrada toda la historia. Pero la naturaleza le fijaba una tarea al individuo. Si no la cumplía, moría. Si la cumplía, era lo mismo. Igual moría. A la naturaleza no le importaba; abundaban los obedientes, y en esta cuestión sólo la obediencia vivía, y vivía siempre, no los obedientes.
La tribu de Koskoosh era muy antigua. Los ancianos que había conocido cuando niño habían conocido a su vez a otros ancianos. Por lo tanto era cierto que la tribu vivía, que representaba la obediencia de todos sus miembros, lejos, hasta el pasado olvidado, cuyos propios lugares de reposo no se recordaban. Ellos no contaban, eran episodios. Se habían disipado como nubes de un cielo de verano. Él también era un episodio y desaparecería. A la naturaleza no le importaba. Le fijaba una tarea a la vida, le dictaba una ley. Perpetuar era la misión de la vida, su ley era la muerte. Una doncella era una criatura agradable de mirar, de pechos llenos, de andar elástico y ojos luminosos. Pero aún tenía su tarea ante sí. La luz de sus ojos se acentuaba, su paso se hacía más rápido, y ahora era alternativamente audaz y tímida con los jóvenes y les transmitía su propia inquietud. Y cada vez se hacía más y más hermosa de mirar, hasta que algún cazador, incapaz de contenerse más tiempo, la llevaba a su vivienda para que cocinara y trajinara para él, y para que se convirtiera en la madre de sus hijos. Y con la llegada de sus vástagos, la belleza la abandonaba. Sus miembros se arrastraban pesadamente, sus ojos se empañaban y se hacían legañosos, y los únicos que se regocijaban contra la mejilla marchita de la vieja, junto al fuego, eran los niños. Su misión había concluido. Un poco después, con la primera opresión del hambre, o con la primera senda larga, sería abandonada, tal como lo fue él, en la nieve, junto a un montoncito de leña. Tal era la ley.
Colocó cuidadosamente una rama en el fuego y reanudó sus meditaciones. Sucedía lo mismo en todas partes, con todas las cosas. Los mosquitos se desvanecían con la primera escarcha. La pequeña

ardilla trepadora se arrastraba lejos para morir. Cuando el conejo envejecía se volvía lento y pesado, y ya no podía huir de sus enemigos. Hasta el gran reno se volvía torpe y ciego y pendenciero, para ser finalmente arrastrado por un puñado de perros esquimales que gañían. Recordó cómo había abandonado a su propio padre en un tramo elevado del Klondike en invierno, el invierno anterior a la llegada del misionero, con sus libros que hablaban y su caja de medicinas. Muchas veces había hecho chasquear los labios al recordar la caja, aunque ahora su boca rehusaba humedecerse. Lo que «mataba el dolor» había sido particularmente bueno. Pero el misionero, en definitiva, era una molestia porque no llevaba carne al campamento, comía con voracidad, y los cazadores gruñían. Pero se congeló los pulmones en la vertiente junto al Mayo, y después los perros apartaron las piedras con el hocico y se disputaron sus huesos.

Koskoosh puso otra rama en el fuego y buscó más profundamente en el pasado. Estaba la época del gran hambre, cuando los viejos se acurrucaban, con el estómago vacío, junto al fuego, y deslizaban de sus labios borrosas tradiciones sobre los lejanos tiempos en que el Yukón había corrido libremente durante tres inviernos y luego había permanecido helado durante tres veranos. Durante esa hambruna había perdido a su madre. En el verano la pesca del salmón había fracasado, y la tribu esperaba ansiosamente el invierno y la llegada del caribú. Y llegó el invierno, pero el caribú no vino con él. Nunca había sucedido nada semejante, ni siquiera a los ancianos. Pero el caribú no apareció, y era el séptimo año, y los conejos no se habían reproducido, y los perros no eran más que bolsas de huesos. Y durante la larga oscuridad los niños gemían y morían, y las mujeres, y los ancianos; y menos de uno de cada diez miembros de la tribu sobrevivieron para saludar al sol cuando regresó en la primavera. ¡Eso sí que *fue* hambre! Pero también conoció épocas de abundancia, cuando la carne se les estropeaba en las manos, y los perros estaban gordos e inservibles por la sobrealimentación; épocas en que dejaban que la caza se alejara sin matarla, y las mujeres eran fértiles, y las viviendas estaban repletas de niños y niñas que alborotaban. Entonces el vientre de los hombres creció y revivieron viejas rencillas, y cruzaron las vertientes hacia el sur para matar a los pelly, y hacia el oeste, para poder sentarse junto a los fuegos apagados de los tanana. Él recordaba, siendo niño, una época de abundancia, cuando vio un alce vencido por los lobos. Zing - ha yacía con él en la nieve y miraba; Zing - ha, que más tarde se convirtió en el cazador más avezado, y quien, finalmente, cayó en un pozo en el Yukón. Lo encontraron un mes después, como había salido, arrastrándose a medias, congelado, sobre el hielo. Pero el alce. Zing - ha y él habían salido ese día a jugar y cazar, tal como lo hacían sus padres. En el lecho del arroyo se toparon con las huellas frescas de un alce, y con éstas las de muchos lobos.

—Uno viejo —dijo Zing - ha, que era más rápido para leer las señales—, uno viejo, que no puede continuar con la manada. Los lobos lo separaron de sus hermanos, y nunca lo van a dejar.

Y así fue. Era su manera de ser. Día y noche, sin descansar, husmeándole las patas, tirándole mordiscos al hocico, seguirán con él hasta el final. ¡Cómo sintieron Zing - ha y él que la sed de sangre se les aguzaba! ¡El final sería algo digno de verse!

Con los pies ansiosos, tomaron la senda, y hasta él, Koskoosh, de visión lenta y no muy experimentado en la huella, podía haberla seguido a ciegas, tan ancha era. Estaban ya sobre las huellas de la presa perseguida, y leían a cada paso la horrenda tragedia. Llegaron a un lugar donde el alce se había detenido. La nieve había sido pisoteada y sacudida en todas direcciones, en una

extensión equivalente a tres veces el cuerpo de un hombre maduro. En el medio se veían las profundas pisadas del animal de cascos hendidos, y alrededor, por todas partes, las más ligeras de los lobos. Algunos, mientras sus hermanos acosaban a la presa, se habían echado a un costado a descansar. La impresión de sus cuerpos, extendida en la nieve, era tan perfecta como si hubiera sido hecha un momento antes. Un lobo había sido atrapado en una acometida salvaje de la víctima enloquecida, y pisoteado hasta la muerte. Unos pocos huesos bien roídos lo testimoniaban.

Nuevamente cesaron de alzar sus raquetas para la nieve en una segunda parada. Aquí el gran animal había luchado desesperadamente. En dos ocasiones lo habían derribado, como lo atestiguaba la nieve, y las dos veces se había sacudido de encima a sus atacantes, incorporándose nuevamente. Hacía mucho tiempo que había cumplido su misión, pero de todos modos, la vida seguía siéndole cara. Zing - ha había dicho que era raro que un alce caído lograra erguirse nuevamente; pero sin duda éste lo había hecho. El hechicero, cuando se lo contaran, vería en esto signos y presagios.

Y una vez más llegaron al lugar donde el alce había intentado trepar la orilla y ganar el bosque. Pero sus enemigos lo atacaron por detrás, hasta que retrocedió y cayó sobre ellos, y hundió a dos profundamente en la nieve. Era evidente que la muerte estaba próxima, porque sus hermanos los habían dejado intactos. Pasaron de largo rápidamente ante dos enfrentamientos más, breves en el tiempo y muy cercanos. Ahora la senda estaba roja, y los limpios trancos del animal se habían vuelto cortos y desaliñados. Entonces escucharon los primeros ruidos de la lucha —no el coro de la cacería, a garganta plena, sino el ladrido rápido y áspero que hablaba de la lucha cuerpo a cuerpo, y de dientes clavados en la carne—. Arrastrándose contra el viento, Zing - ha reptó sobre la nieve, y con él lo hizo Koskoosh, quien habría de ser jefe de la tribu en los años venideros. Juntos apartaron las ramas inferiores de un abeto joven y espiaron. Lo que vieron fue el final.

La imagen, como todas las impresiones de la juventud, permanecía imborrable en él, y sus ojos empañados vieron el fin con tanta nitidez como en esa época lejana. Koskoosh se maravillaba de esto, porque en los días que siguieron, cuando era dirigente de hombres y jefe de los consejeros, había realizado grandes hazañas y había hecho que su nombre fuera una maldición en boca de los pelly, y ni qué hablar del extraño hombre blanco que había matado, cuchillo contra cuchillo, en lucha abierta.

Durante un largo rato, reflexionó acerca de los días de su juventud, hasta que el fuego fue languideciendo y la helada mordió con más fuerza. Esta vez lo alimentó con dos ramitas, y evaluó su asidero en la vida por lo que quedaba en él. Si Sit - cum - to - ha se hubiese acordado de su abuelo, y recogido una brazada más grande, sus horas se hubiesen prolongado. Hubiera sido fácil. Pero ella fue siempre una chiquilla descuidada, y desde el momento en que Castor, el hijo de Zing - ha, había posado su mirada en ella por primera vez, ya no honraba a sus antepasados. Bueno, ¿qué importaba? ¿Acaso él no había hecho lo mismo, en su propia, fugaz juventud? Escuchó un rato el silencio. Tal vez el corazón de su hijo se ablandara, y volviera con los perros para conducir a su anciano padre con la tribu, hacia donde abundaba el caribú con su espesa grasa.

Aguzó los oídos, su inquieto cerebro se calmó un momento. Ningún movimiento, nada. Sólo él respiraba en el gran silencio. ¡Eh! ¿Qué era eso? Un escalofrío le recorrió el cuerpo. El aullido familiar, prolongado, quebró el vacío, y estaba muy cerca. Entonces, en sus ojos oscurecidos se proyectó la visión del alce —el viejo alce macho con los flancos desgarrados y cubiertos de sangre,

el pelaje revuelto y dos grandes cuernos ramificados, bajos y arremetiendo hasta el fin—. Vio las centelleantes formas grises, los ojos fulgurantes, las lenguas que colgaban, los colmillos rezumando baba. Y vio el inexorable círculo que se cerraba hasta que se convirtió en un punto oscuro en medio de la nieve pisoteada.

Un hocico frío le rozó la mejilla y el contacto hizo saltar su alma al presente. Su mano se lanzó al fuego y arrastró una rama encendida. Sojuzgada un instante por su ancestral temor al hombre, la bestia retrocedió, lanzando a sus hermanos un prolongado llamado; y éstos respondieron con avidez hasta que en torno al viejo se extendió un anillo gris, agazapado, con hilos de baba en las mandíbulas. El anciano escuchó cómo se cerraba el círculo. Agitó el tizón furiosamente, y los olfateos se convirtieron en gruñidos; pero las fieras anhelantes se negaron a dispersarse. De pronto uno avanzó con cautela, adelantando el pecho primero, arrastrando las ancas después; luego un segundo, y un tercero. Pero ninguno retrocedió. ¿Por qué habría de aferrarse a la vida?, se preguntó, y dejó caer en la nieve el tizón ardiente. Este siseó y se apagó. El círculo gruñó inquieto, pero se mantuvo en su puesto. Koskoosh volvió a ver la última batalla del viejo alce macho, y dejó caer cansadamente la cabeza en las rodillas. Al final de cuentas, ¿qué importaba? ¿No era ésa la ley de la vida?

Cara Perdida

Era el final. Subiénkov había seguido una larga huella de amargura y de horror, buscando las capitales de Europa como la paloma mensajera busca la querencia, y aquí, en América rusa, la huella había cesado. Sentado en la nieve, los brazos hacia atrás, maniatado a la espera de la tortura, miraba curiosamente a un enorme cosaco, postrado en la nieve, gimiendo en su agonía. Los hombres habían terminado con el gigante y ahora les tocaba a las mujeres. Sus gritos atestiguaban cuánto más diabólicas eran ellas.

Subiénkov miraba y se estremecía. No temía a la muerte. Demasiadas veces había arriesgado la vida en esa fatigosa huella de Varsovia a Nulato, para que el hecho de morir lo arredrara.

Pero se rebelaba contra la tortura. Su alma se sentía ofendida. Y esta ofensa, a su vez, no se debía al mero sufrimiento que debería soportar, sino al doloroso espectáculo que daría. Sabía que lloraría y rogaría y suplicaría, como Big Ivan y los otros que lo precedieron. Esto no era lindo. Morir valerosa y limpiamente, con una sonrisa y una burla, eso hubiera estado bien. Pero perder el control, ver trastornada el alma por los paroxismos de la carne, chillar y balbucear como un mono, convertirse en una bestia… eso era terrible.

No había habido medio de escapar. Desde el principio, desde que soñó el ardiente sueño de la independencia de Polonia, había sido un fantoche en manos de la fatalidad. Desde el principio, en Varsovia, en San Petersburgo, en las minas de Siberia, en Kamchatka, en los barcos desvencijados de los ladrones de pieles, el destino lo había empujado a este fin. Sin duda en los cimientos del mundo estaba grabado este fin para él —para él, tan fino y sensible, con nervios a flor de piel, para él, un soñador, un poeta y un artista—. Antes de su nacimiento, ya estaba escrito que ese trémulo haz sensitivo que era su yo viviría entre salvajes y perecería en esta remota tierra nocturna, en este lugar de sombra más allá de los últimos límites del mundo.

Suspiró. La cosa que había frente a él era Big Ivan. Big Ivan el gigante, el hombre sin nervios, el hombre de hierro, el cosaco convertido en pirata, insensible como un buey, con un sistema nervioso tan pobre que el dolor de un hombre normal era, para él, casi una cosquilla. Bueno, no hay como estos indios mulatos para encontrar los nervios de Big Ivan y llegar hasta las raíces de su alma estremecida. Y lo estaban haciendo. Era inconcebible que un hombre sufriera tanto y siguiera viviendo. Big Ivan estaba pagando por la pobreza de sus nervios. Ya había durado el doble que cualquiera de los otros. Subiénkov sintió que ya no podía aguantar los tormentos del cosaco. ¿Por qué no se moría Ivan? Si no cesaban esos gritos, iba a volverse loco. Pero cuando cesaran, llegaría su tumo. Y ahí estaba Yakaga esperándolo, sonriendo burlonamente a la expectativa, Yakaga a quien en la semana pasada había arrojado del fuerte y cuyo rostro había cruzado con el rebenque de los perros. Yakaga se encargaría de él. Yakaga le reservaba, sin duda, tormentos más exquisitos. ¡Ah! Ésa debe haber sido una buena, por el modo de gritar de Ivan. Las mujeres inclinadas sobre él retrocedieron riendo y aplaudiendo. Subiénkov vio la cosa monstruosa que habían hecho y empezó a reír histéricamente. Los indios lo miraban asombrados de que pudiera reír. Pero Subiénkov no podía parar.

Esto no serviría de nada. Se contuvo, las convulsiones espasmódicas declinaron lentamente. Se obligó a pensar en otras cosas, y empezó a releer su propia vida. Recordó a sus padres, y el peticito

overo, y el tutor francés que le enseñó a bailar y le pasó de contrabando un viejo ejemplar de Voltaire. Volvió a ver París, el melancólico Londres, la alegre Viena y Roma. Y volvió a ver ese entusiasta grupo de jóvenes que habían soñado, como él, el sueño de una Polonia independiente con un rey de Polonia en el trono, en Varsovia. Ahí empezó la larga huella. Bueno, él había durado más. Uno por uno, empezando con los dos ejecutados en San Petersburgo, fue recordando el fin de esos valerosos. Uno fue muerto a azotes por el carcelero, otro en la ensangrentada carretera de los desterrados, andando meses infinitos, golpeado y maltratado por los cosacos, quedó en el camino. Siempre barbarie. Habían muerto de fiebre, en las minas, bajo el knut. Los dos últimos murieron después de la fuga, en lucha con los cosacos, y sólo él arribó a Kamchatka con los documentos y el dinero robado a un viajero que dejó tirado en la nieve. Nada más que barbarie. Por años, con su pensamiento en los estudios, en los teatros, en las cortes, lo había cercado la barbarie. Había comprado su vida con sangre. Todos mataban. Él mató a ese viajero por su pasaporte. Había demostrado que era un valiente, batiéndose con dos oficiales rusos en un mismo día. Había tenido que probarse para ganar un lugar entre los ladrones de pieles. Había tenido que ganar ese lugar. Detrás de él quedaba el milenario camino a través de Siberia y de Rusia. Por ahí no había escapatoria. El único camino estaba delante, a través del oscuro mar helado entre Bering y Alaska. El camino lo había llevado de una barbarie a una barbarie mayor. En los infectados barcos inmundos de los ladrones de pieles, sin comida y sin agua, azotados por las interminables tormentas de ese mar tormentoso, los hombres se volvían animales. Tres veces partieron de Kamchatka. Tres veces, después de toda suerte de trabajos y sufrimientos, los sobrevivientes tuvieron que regresar a Kamchatka. No habían encontrado salida, y él no podía regresar, pues las minas y el látigo lo aguardaban.

Otra vez, la cuarta y última, había zarpado hacia el este. Había estado con aquellos que descubrieron las fabulosas Seal Islands; pero no volvió con ellos a compartir la fortuna de las pieles en las orgías de Kamchatka. Había jurado no volver. Sabía que para ganar esas queridas capitales de Europa tenía que seguir adelante. Cambió de barcos, y se quedó en las oscuras tierras nuevas. Sus compañeros eran cazadores eslavonios y aventureros rusos, mongoles y tártaros y aborígenes siberianos; y entre los salvajes del Nuevo Mundo se habían abierto un camino de sangre. Habían degollado aldeas enteras que les rehusaron el tributo de pieles; y ellos a su vez fueron degollados por tripulaciones de barcos. Él y un finlandés, eran los únicos sobrevivientes. Habían pasado un invierno de soledad y de hambre en una desierta isla aleutiana, y su rescate en la primavera por otro barco de pieles, había sido un milagro.

Pero siempre la barbarie lo había cercado. Pasando de barco en barco, y rehusando siempre volver, llegó al barco que exploraba el sur. A lo largo de toda la costa de Alaska sólo habían encontrado tribus salvajes. Cada vez que anclaban entre las islas o bajo arrecifes escarpados de tierra firme tuvieron una batalla o una tormenta. O soplaba el vendaval, amenazando ruina, o se acercaban las canoas guerreras, tripuladas por nativos con la bélica pintura en la cara, que venían a aprender las sangrientas virtudes de la pólvora de los vagabundos del mar.

Al sur fueron costeando, hacia la fabulosa California. Ahí, se decía, había aventureros españoles que se habían abierto camino desde México. Había confiado en esos aventureros españoles. Llegando a ellos, el resto hubiera sido fácil —un año o dos, ¿qué importaba uno más o menos?— y llegaría a

México, luego a un barco, y Europa sería suya. Pero no habían encontrado españoles. Sólo encontraron el mismo inexpugnable muro de barbarie. Los habitantes de los confines del mundo, pintados para la guerra, los habían rechazado de sus costas. Al fin, cuando un barco quedó aislado y todos sus hombres muertos, el comandante había abandonado la busca y puesto la proa al norte.

Pasaron los años. Había servido a las órdenes de Tebénkoff cuando se levantó el Reducto Michaelovski. Había pasado dos años en el país de Kuskokwin. Dos veranos, en el mes de junio, había llegado al estrecho de Kotzebue. Ahí, en esa época, las tribus se reunían para traficar, encontraban manchadas pieles de ciervo de Siberia, marfil de las Diomedes, pieles de morsa de las costas árticas, extrañas lámparas de piedra, que habían pasado de tribu a tribu, y cuyo origen se ignoraba y, una vez, un cuchillo de caza de fabricación inglesa; y ésa, Subiénkov lo sabía, era la mejor escuela de geografía. Pues ahí encontró esquimales de Norton Sound, de King Island y de la isla Saint Lawrence, del Cabo Prince of Wales, y de Point Barrow. Esos lugares tenían otros nombres, y sus distancias se medían en días.

Estos salvajes eran oriundos de una vasta región y de otra aún más vasta, de donde procedían tras muchos canjes las lámparas de piedra y aquel cuchillo solitario de acero. Subiénkov amenazaba, adulaba y sobornaba. Cada miembro de tribu desconocida fue traído a su presencia. Hablaban de peligros infinitos e increíbles, como también de animales feroces, de tribus hostiles, de selvas impenetrables y de cordilleras tremendas; pero siempre de más lejos venía el rumor y la noticia de hombres de piel blanca, de ojos azules y pelo rubio, que peleaban como demonios y que buscaban pieles.

Eran del naciente, del remoto naciente. Nadie los había visto. Se había corrido la voz.

Era un duro aprendizaje. No era fácil estudiar geografía a través de extraños dialectos, de mentes oscuras que mezclaban hechos y fábulas y que medían las distancias por sueños que variaban según las dificultades del viaje. Pero al fin vino el rumor que animó a Subiénkov. En el este corría un gran río donde estaban los hombres de ojos azules. El río se llamaba Yukón. Al sur del Reducto Michaelovski, desembocaba otro gran río que los rusos llamaban el Kwikpak. Esos dos ríos eran uno, decía el rumor. Subiénkov regresó a Michaelovski. Durante un año aconsejó una expedición que remontara el Kwikpak. Surgió entonces Malakoff, el ruso mestizo, encabezando la más desenfrenada y feroz resaca de aventureros que hayan venido de Kamchatka. Subiénkov fue su teniente. Atravesaron los laberintos del gran delta del Kwikpak, arribaron a las primeras alturas de la ribera norte, y durante quinientas millas, en canoas de cuero cargadas hasta la borda con mercancías y municiones, se abrieron camino contra la correntada de un río de dos a diez millas de anchura en un canal de muchas brazas de profundidad. Malakoff decidió construir el fuerte en Nulato. Subiénkov se empeñaba en ir más lejos. Pero pronto se reconcilió con Nulato. Se acercaba el largo invierno. Sería mejor esperar. Al comenzar el próximo verano, cuando viniera el deshielo, desaparecería remontando el Kwikpak y se abriría camino hasta los puestos de la Hudson's Bay Company. Malakoff ignoraba que el Kwikpak era el Yukon, y Subiénkov no se lo dijo.

Vino la construcción del fuerte. Fue un trabajo forzado. Los rayados muros de troncos se levantaron ante los tormentos y quejas de los indios nulatos. El látigo caía sobre sus espaldas, y la mano de hierro de los salteadores del mar manejaba el látigo. Indios hubo que se escaparon, y cuando los apresaron los amarraron con los brazos en cruz ante el fuerte y aprendieron la eficacia del látigo.

Dos murieron, otros quedaron lisiados para siempre; los demás aprendieron la lección y no se escaparon.
El fuerte se concluyó y llegó la época de las pieles. Se impuso a la tribu un fuerte tributo. Continuaron los golpes y los latigazos, y para que el tributo se pagara, se tomaron en rehenes las mujeres y los niños que fueron tratados con la barbarie y la ferocidad que sólo conocen los ladrones de pieles. Bueno, fue una siembra de sangre, y ahora venía la cosecha. El fuerte había desaparecido. A la luz de su incendio, la mitad de los ladrones de pieles cayeron. La otra mitad murió en las torturas. Sólo quedaba Subiénkov, o Subiénkov y Big Ivan, si esa plañidera cosa gimiente sobre la nieve podía llamarse Big Ivan. Subiénkov pilló a Yakaga burlándose de él. No había cómo burlarse de Yakaga. Aún tenía en la cara la marca del látigo. Subiénkov no podía reprochárselo pero le desagradaba pensar en lo que Yakaga le haría. Pensó apelar a Makamuk, el jefe principal; pero su razón le decía que ese llamado era inútil. También pensó en romper sus ligaduras y morir peleando. Sería un final más rápido. Pero no podía romper sus ligaduras. Las correas de caribú eran más fuertes que él. Siempre cavilando, se le ocurrió otra cosa. Dijo por señas a Makamuk, que le trajeran un intérprete que sabía el dialecto de la costa.
—Oh, Makamuk —dijo—, no quiero morir. Soy un gran hombre, y sería una locura que yo muriera. En verdad, no moriré. No soy como esta carroña.
Miró esa cosa doliente que fue una vez Big Ivan, y la apartó desdeñosamente con el pie.
—Sé demasiado para morir. He aquí, tengo un gran remedio. Sólo yo lo conozco. Como no he de morir, compartiré contigo el remedio.
—¿Qué remedio es ése? —preguntó Makamuk.
—Es un remedio raro.
Subiénkov se quedó reflexionando un momento, como si le costara revelar el secreto.
—Te diré. Si se frota la piel con este remedio, ésta se pone dura como la piedra, dura como el hierro, y ningún arma puede herirla. El golpe más fuerte de una hoja cortante es inútil. Un cuchillo de hueso es como un pedazo de barro; y mellará el filo de los cuchillos de acero que les hemos traído. ¿Qué me darás por el secreto de este remedio?
—Te daré la vida —contestó Makamuk, por medio del intérprete.
Subiénkov rió desdeñoso.
—Y serás esclavo de mi casa mientras vivas.
El polaco rió con mayor desdén.
—Desátame las manos y los pies y hablaremos —dijo.
El jefe dio la señal. Subiénkov, en cuanto lo desligaron, lió un cigarrillo y lo encendió.
—Estos son cuentos —dijo Makamuk—. No hay tal remedio. No puede ser. Una hoja afilada es más fuerte que cualquier remedio.
El jefe era incrédulo y sin embargo vacilaba. Había visto muchas hechicerías de los ladrones de pieles. No llegaba a dudar por completo.
—Te daré la vida; pero no serás esclavo —dijo.
—Más que eso.
Subiénkov procedía fríamente, como si discutiera el precio de un cuero.
—Es un gran remedio. Me ha salvado la vida varias veces. Quiero un trineo y perros, y seis

cazadores para acompañarme río abajo y custodiarme hasta que aviste el Reducto Michaelovski.
—Te quedarás aquí y nos enseñarás todas tus hechicerías —fue la respuesta.
Subiénkov, silencioso, se encogió de hombros.
Echó al aire helado el humo del cigarrillo, y miró con curiosidad lo que quedaba del enorme cosaco.
—¡Esa cicatriz! —exclamó Makamuk, señalando el cuello del polaco, donde una cuchillada en una disputa en Kamchatka había dejado una huella lívida—. El filo fue más fuerte que el remedio.
—Fue un hombre fortísimo el que dio el golpe. (Subiénkov reflexionaba.) Más fuerte que tú, más fuerte que el más fuerte de tus cazadores, más fuerte que él.
Y otra vez, con la punta del mocasín, tocó al cosaco, a cuyo destrozado cuerpo aún se aferraba la dolorosa vida.
—Y el remedio era flojo. Porque en aquel lugar no había las bayas necesarias, que aquí abundan. El remedio aquí será más fuerte.
—Te dejare ir río abajo —dijo Makamuk— y te daré el trineo y los perros y los seis cazadores de escolta.
—Eres lerdo —fue la fría respuesta—. Al no aceptar mis términos en el acto, has ofendido mi remedio. Ten cuidado, ahora pido más. Quiero cien pieles de castor. (Makamuk hizo una mueca.) Quiero cien libras de pescado seco. (Makamuk asintió, pues el pescado era barato y abundante.) Quiero dos trineos, uno para mí y otro para mis pieles y el pescado. Y que me devuelvan mi rifle. Si no aceptas, el precio aumentará.
Yakaga habló en voz baja al jefe.
—¿Pero cómo sabré que tu remedio sirve? —preguntó Makamuk.
—Es muy fácil. Primero iré a los bosques…
Volvió Yakaga a hablar a Makamuk, que disintió sospechoso.
—Puedes mandar veinte cazadores conmigo —prosiguió Subiénkov—. Tengo que buscar las bayas y las raíces para hacer el remedio. Luego, cuando hayas traído los dos trineos y estén cargados con las pieles y el pescado y el rifle, y cuando hayas elegido los seis cazadores que irán conmigo, me untaré el cuello con el remedio, así, y pondré el cuello en aquel tronco. Entonces el cazador más fuerte puede empuñar el hacha y pegarme tres veces en el cuello. Tú mismo puedes dar los tres golpes.
Makamuk escuchaba, atónito, esta última hechicería de los ladrones de pieles.
—Pero ante todo —agregó el polaco con apresuramiento—, entre cada golpe tengo que untar más remedio. El hacha es pesada y filosa, y no quiero errores.
—Tendrás cuanto has pedido —gritó Makamuk en un afán de aceptación—. Empieza a preparar el remedio.
Subiénkov disimuló su júbilo. Jugaba una partida desesperada y no podía permitir un error. Habló con arrogancia.
—Has estado lerdo. Ofendes mi remedio. Para lavar la ofensa debes darme tu hija.
Señaló a la muchacha, una criatura enclenque, con un ojo defectuoso y un colmillo de lobo. Makamuk se enojó, pero el polaco seguía imperturbable, liando y encendiendo otro cigarrillo.
—Apúrate —urgió—. Si no te apuras, pediré más aún.
En el silencio que siguió, el desolado paisaje nórdico se borró ante sus ojos, y volvió a ver su patria, y Francia, y al mirar a la muchacha del colmillo de lobo, recordó otra muchacha bailarina y cantante,

que había conocido en su juventud, al llegar a París.
—¿Para qué quieres a la muchacha? —preguntó Makamuk.
—Para que venga río abajo conmigo. —Subiénkov la miró con aire crítico—. Será una buena esposa, y es un honor digno de mi remedio casarme con tu sangre.
Recordó a la muchacha de París y tarareó una canción que ella le había enseñado. Revivía la antigua vida, pero de un modo diferente e impersonal, mirando las imágenes recordadas de su propia vida como si fueran ajenas. La voz del jefe, rompiendo bruscamente el silencio, lo sobresaltó.
—Así se hará —dijo Makamuk—. La muchacha irá contigo río abajo. Pero queda entendido que yo mismo daré los tres golpes con el hacha.
—Pero a cada golpe me pondré el remedio —respondió Subiénkov con mal reprimida ansiedad.
—Te pondrás el remedio entre cada golpe. Aquí están los cazadores que no te dejarán escapar. Ve al bosque a recoger los ingredientes.
La rapacidad del polaco había convencido a Makamuk del valor del remedio. Sólo el gran poder del remedio podía inducir a un hombre a las puertas de la muerte a regatear como una vieja.
—Además —murmuró Yakaga, cuando el polaco, con sus guardias, desapareció tras los abetos—, cuando conozcas el remedio, lo podrás matar fácilmente.
—¿Pero cómo? —argumentó Makamuk—. Su remedio lo impedirá.
—Habrá algún lugar en que no se haya puesto el remedio —replicó Yakaga—. Por ahí acabaremos con él. Quizá las orejas; le meteremos una lanza por un oído y se la sacaremos por el otro. Quizá, los ojos. Sin duda el remedio es demasiado fuerte para los ojos.
El jefe asintió.
—Eres sabio, Yakaga. Si no le quedan otras brujerías lo destruiremos.
Subiénkov no perdió el tiempo en buscar los ingredientes. Escogió lo que se le vino en mano; agujas de abeto, la corteza interior de un sauce, una tira de corteza de abedul, y una cantidad de bayas musgosas que hizo arrancar bajo la nieve. Unas raíces heladas completaron el surtido, y encabezó el regreso al campamento.
Makamuk y Yakaga se agazaparon junto a él, observando las cantidades y clase de ingredientes que volcaba en la olla de agua hirviendo.
—Hay que poner las bayas primero —explicó.
—Ah, falta otra cosa, un dedo humano. Ven, Yakaga, déjame cortarte el dedo.
Pero Yakaga puso las manos atrás y se enfurruñó.
—Sólo el dedo chico —rogó Subiénkov.
—Yakaga, dale el dedo —ordenó Makamuk.
—Debe haber un montón de dedos por ahí —rezongó Yakaga, señalando en la nieve los despojos de los torturados a muerte.
—Debe ser el dedo de una persona viva —objetó el polaco—.
Yakaga se dirigió al cosaco y le cercenó un dedo.
—Todavía vive —anunció, arrojando el sangriento trofeo en la nieve—. Además es un dedo bueno, porque es grande.
Subiénkov lo echó al fuego bajo la olla y empezó a cantar. Era una canción francesa, de amor, y la cantó con gran solemnidad sobre el cocimiento.

—Sin estas palabras que he pronunciado, el remedio es inútil —explicó—. Las palabras le dan su mayor fuerza. Miren, está listo.
—Repite despacio las palabras, para aprenderlas —ordenó Makamuk.
—Sólo después de la prueba. Cuando el filo haya rebotado tres veces, te diré las palabras.
—¿Pero si el remedio no es bueno? —Makamuk preguntó.
Subiénkov se volvió airadamente.
—Mi remedio siempre es bueno. Pero si no lo es, haz conmigo lo que has hecho con los otros. Despedázame, como a él lo despedazaste. —Señaló al cosaco—. El remedio ya se ha enfriado. Así lo unto en mi cuello, repitiendo estas otras palabras.
Entonó un verso de La Marsellesa, muy gravemente, refregándose el cuello con el cocimiento.
Un clamor interrumpió su representación. El cosaco, en un último estertor de su tremenda vitalidad, se puso de rodillas. Risas y gritos de asombro dieron los nulatos aplaudiendo, mientras el cuerpo de Big Ivan con terribles espasmos se revolcaba en la nieve.
El espectáculo provocó náuseas en Subiénkov, pero se dominó y fingió enojo.
—Esto no puede ser —dijo—. Acaben con él y haremos la prueba. Yakaga, encárgate de que este barullo termine.
Mientras eso se hacía, Subiénkov se volvió a Makamuk.
—Recuerda, tienes que pegar con toda tu fuerza. No es un juego de niños. Vamos, toma el hacha y golpea el tronco, para que yo vea si la manejas como un hombre.
Makamuk obedeció, dando dos hachazos con vigor y precisión, haciendo saltar una gran astilla.
—Está bien. —Subiénkov miró a su alrededor al círculo de caras salvajes que de algún modo simbolizaban el muro de barbarie que lo había cercado desde que la policía del Zar lo arrestó en Varsovia.
—Empuña el hacha, Makamuk. Me acostaré en el suelo. Cuando levante la mano, golpea, golpea con todas tus fuerzas. Y cuida de que nadie esté detrás. El remedio es fuerte, y el hacha puede rebotar de mi cuello y escapársete de las manos.
Miró los dos trineos, con los perros ensillados, cargados con pieles y pescado. Su rifle encima de las pieles de castor. Los seis cazadores a sus órdenes junto a los trineos.
—¿Dónde está la muchacha? —preguntó—. Que la traigan a los trineos antes de empezar la prueba.
Cuando esto se hizo, Subiénkov se acostó en la nieve, descansando la cabeza en el tronco, como un niño cansado que va a dormirse. Había llevado una vida tan triste que, en verdad, estaba cansado.
—Me río de ti y de tu fuerza, oh Makamuk —dijo—. Golpea y golpea bien.
Alzó la mano. Makamuk blandió el hacha, una gran hacha para encuadrar troncos. El acero brillante relampagueó en el aire helado, se detuvo un instante perceptible sobre la cabeza de Makamuk, y cayó sobre el desnudo cuello de Subiénkov. Atravesó la carne y el hueso y penetró hondamente en el tronco.
Los atónitos salvajes vieron rebotar la cabeza a un metro del tronco sangriento.
Hubo un gran silencio y estupor, hasta que poco a poco fueron comprendiendo que no había tal remedio. El ladrón de pieles los había embaucado. Él sólo, entre todos los prisioneros, había escapado a la tortura. Se había jugado por entero en esa apuesta. Hubo una explosión de risas. Makamuk inclinó la cabeza, avergonzado. El ladrón de pieles se había burlado de él. Lo había puesto

en ridículo ante su gente. Todos seguían riéndose a carcajadas. Makamuk se dio la vuelta y se retiró con la cabeza gacha. Sabía que ya no le llamarían Makamuk. Le llamarían: Cara Perdida; la historia de su afrenta lo seguiría hasta la muerte; y cuando las tribus se reunieran en primavera para la pesca del salmón, o en verano para traficar, recorrería las fogatas la historia de cómo el ladrón de pieles murió apaciblemente, de un solo golpe, a manos de Cara Perdida.

—¿Quién es Cara Perdida? —le parecía oír preguntar a algún mozo insolente—. Cara Perdida, el que se llamó Makamuk antes de cortar la cabeza del ladrón de pieles.

Las muertes concéntricas

Wade Atsheler ha muerto… ha muerto por mano propia. Decir que esto era inesperado para el reducido grupo de sus amigos, no sería la verdad; sin embargo, ni una vez siquiera, nosotros, sus íntimos, llegamos a concebir esa idea.

Antes de la perpetración del hecho, su posibilidad estaba muy lejos de nuestros pensamientos; pero cuando supimos su muerte, nos pareció que la entendíamos y que hacía tiempo la esperábamos. Esto, por análisis retrospectivo, era explicable por su gran inquietud. Escribo "gran inquietud" deliberadamente.

Joven, buen mozo, con la posición asegurada por ser la mano derecha de Eben Hale, el magnate de los tranvías, no podía quejarse de los favores de la suerte. Sin embargo, habíamos observado que su lisa frente iba cavándose en arrugas más y más hondas, como por una devoradora y creciente angustia. Habíamos visto en poco tiempo que su espeso cabello negro raleaba y se plateaba como la yerba bajo el sol de la sequía. ¿Quién de nosotros olvidaría las melancolías en que solía caer, en medio de las fiestas que, hacia el final de su vida, buscaba con más y más avidez? En tales momentos, cuando la diversión se expandía hasta desbordar, súbitamente, sin causa aparente, sus ojos perdían el brillo y se hundían, su frente y sus manos contraídas y su cara tornadiza, con espasmos de pena mental, denotaban una lucha a muerte con algún peligro desconocido.

Nunca habló del motivo de su obsesión, ni fuimos tan indiscretos como para interrogarlo. Aunque lo hubiéramos sabido, nuestra fuerza y ayuda no hubieran servido de nada. Cuando murió Eben Hale, de quien era secretario confidencial —más aún, casi hijo adoptivo y socio—, dejó del todo nuestra compañía, y no, ahora lo sé, por serle desagradable, sino porque su preocupación se hizo tal que ya no pudo responder a nuestra alegría ni encontrar ningún alivio en ella. No podíamos entender entonces la razón de todo esto. Cuando se abrió el testamento de Eben Hale, el mundo supo que Wade Atsheler era el único heredero de los muchos millones de su jefe, y que se estipulaba expresamente que esta enorme herencia se le entregara sin distingos, tropiezos ni incomodidades.

Ni una acción de compañía, ni un penique al contado, fueron legados a los parientes del muerto. Y en cuanto a su familia más cercana, una asombrosa cláusula establecía expresamente que Wade Atsheler entregaría a la esposa e hijos de Hale cualquier cantidad de dinero que a su juicio le pareciera conveniente, en el momento que quisiera. Si se hubieran producido escándalos en la familia Hale, o sus hijos fueran díscolos o irrespetuosos, habría habido alguna excusa para esta inusitada acción póstuma; pero la felicidad doméstica del difunto había sido proverbial, y era difícil encontrar progenie más sana, más pura y más sólida que sus hijos e hijas, mientras que a su esposa, quienes mejor la conocían la apodaban "Madre de los Gracos", con cariño y admiración. Inútil es decirlo, este inexplicable testamento fue el tema general por nueve días, y hubo una gran sorpresa cuando no se produjo demanda alguna.

Ayer apenas, Eben Hale entró en reposo eterno en su mausoleo. Ahora, Wade Atsheler ha muerto. La noticia apareció en los diarios de esta mañana. Acabo de recibir una carta suya, echada al correo, evidentemente, sólo una hora antes del suicidio. Esta carta que tengo a la vista es una narración, de su puño y letra, en la que intercala numerosos recortes de diarios y copias de cartas. La correspondencia original, me dice, está en manos de la policía. También me suplica divulgar la

incontenible serie de tragedias con las que estuvo inocentemente relacionado, para advertir a la sociedad contra el diabólico peligro que amenaza su existencia.
Incluyo aquí el texto por entero.

Fue en agosto, 1899, después de regresar del veraneo, que recibimos la primera carta. No comprendimos entonces; no habíamos acostumbrado nuestra mente a tan tremendas posibilidades. El señor Hale abrió la carta, la leyó y la echó sobre mi escritorio, con una carcajada.
Cuando la hube recorrido, también reí, diciendo: "Es broma lúgubre, señor Hale, y de pésimo gusto."
He aquí, querido John, un duplicado exacto de esa carta.

Oficina de los Sicarios de Midas, 17 de agosto, 1899.
Señor Eben Hale, plutócrata.
Muy señor nuestro:
Queremos obtener al contado, en la forma que usted decida, veinte millones de dólares. Le requerimos que nos pague esta suma, a nosotros o a nuestros agentes; usted notará que no especificamos tiempo, pues no deseamos apresurarlo en este detalle. Hasta puede pagarnos, si le es más fácil, en diez, quince o veinte cuotas; pero no aceptamos cuotas inferiores a un millón.
Créanos, querido señor Hale, cuando decimos que emprendemos esta acción desprovistos de toda animosidad. Somos miembros del proletariado intelectual, cuyo número en creciente aumento marca con letras rojas los últimos días del siglo XIX; hemos decidido entrar en este negocio después de un completo estudio de la economía social. Nuestro plan no nos permite lanzarnos a vastas y lucrativas operaciones sin disponer de capital inicial. Hasta ahora hemos tenido bastante éxito, y esperamos que nuestras gestiones con usted resulten gratas y satisfactorias.
Le rogamos que nos siga con atención mientras le explicamos nuestros puntos de vista. En la base del presente sistema social se halla el derecho de propiedad. Este derecho del individuo a detentar propiedad se funda única y enteramente, en última instancia, en la fuerza. Los caballeros de Guillermo el Conquistador dividieron y se repartieron Inglaterra con la espada desnuda. Esto es verdad para todas las potencias feudales.
Con la invención del vapor y la revolución industrial vino al mundo la clase capitalista, en el sentido moderno de la palabra. Estos capitalistas o capitanes de la industria virtualmente despojaron a los descendientes de los capitanes de la guerra.
La mente, y no el músculo, prima hoy en la lucha por la vida: pero esta situación también está basada en la fuerza. El cambio ha sido cualitativo. Los magnates feudales saqueaban el mundo a sangre y fuego. Los magnates financieros explotan al mundo, aplicando las fuerzas económicas. La mente y no el músculo es lo que perdura, y los intelectual y comercialmente poderosos son los más aptos para sobrevivir.
Nosotros, los Sicarios de Midas, no nos resignamos a ser esclavos a sueldo. Los grandes trusts y combinaciones de negocios (entre los que sobresale el que usted dirige) nos impiden levantarnos al lugar que nuestra inteligencia reclama.
¿Por qué? Porque no tenemos capital. Pertenecemos al bajo pueblo, pero con esta diferencia: nuestras mentes están entre las mejores, Y no nos traban escrúpulos éticos o sociales. Como esclavos a sueldo, trabajando de sol a sol, con vida sobria y avara no podríamos ahorrar en

sesenta años —ni en veinte veces sesenta años— una suma de dinero capaz de competir con las grandes masas de capital existentes ahora. Sin embargo, entramos en la lucha. Arrojamos el guante al capital del mundo. Si éste acepta el desafío o no, igual tendrá que luchar.
Señor Hale, nuestros intereses nos dictan exigir de usted veinte millones de dólares.
Ya que nosotros somos considerados y le otorgamos un plazo razonable para que lleve a cabo su parte de la transacción, le rogamos que no se demore demasiado.
Cuando usted se haya conformado con nuestras condiciones, inserte un anuncio conveniente en el Morning Blazer. Entonces le comunicaremos nuestro plan para transferir el capital.
Es mejor que usted lo haga antes del l° de octubre. Si no es así, para demostrarle que hablamos en serio, mataremos a un hombre en esa fecha, en la calle Treinta y Nueve Este. Se tratará de un obrero, a quien ni usted ni nosotros conoceremos. Usted representa una fuerza en la sociedad moderna y nosotros otra —una nueva fuerza—. Sin odio entramos en combate. Usted es la muela superior en el molino, nosotros la inferior. La vida de ese hombre será molida por las dos, pero podrá salvarse si usted acepta nuestras condiciones a tiempo.
Hubo una vez un rey maldito por el oro: su nombre está en nuestro sello oficial. Algún día, para protegernos de competidores, lo haremos registrar.
Quedamos Ss. Ss. Ss.
Los Sicarios de Midas.

Tú te preguntarás, querido John, por qué no reírnos de una comunicación tan descabellada. No podíamos dejar de admitir que la idea estaba bien concebida, pero era demasiado grotesca para que la tomáramos en serio. El señor Hale dijo que conservaría como curiosidad literaria la carta, y la metió en una casilla de su archivo. Pronto olvidamos su existencia. Y puntualmente, el 1° de octubre, el correo matutino nos trajo lo siguiente:

Oficina de los Sicarios de Midas, 1° de octubre, 1899.
Señor Eben Hale, plutócrata.
Muy señor nuestro:
Su víctima encontró su fatalidad. Hace una hora, en Treinta y Nueve Este, un obrero fue apuñalado en el corazón.
Cuando usted lea esto su cuerpo yacerá en la Morgue. Vaya y contemple la obra de sus manos. El 14 de octubre, en prueba de nuestra seriedad en este asunto, y en caso de que usted no ceda, mataremos un policía en (o cerca de) la esquina de Polk y Avenida Clermont.
Muy cordialmente.
Los Sicarios de Midas.

Otra vez, el señor Hale rió. Su mente estaba muy ocupada con el trato en perspectiva, con un sindicato de Chicago, sobre la venta de todos sus tranvías en aquella ciudad, así que siguió dictando a la taquígrafa, sin volver a pensar en la carta. Pero de algún modo, no sé por qué, una honda depresión me atacó. ¿Si no fuera broma? Involuntariamente busqué un diario. Allí había, como convenía a una oscura persona de las clases pobres, una mezquina docena de líneas, junto al aviso de un boticario, en un rincón:

Poco después de las cinco, esta mañana, en la calle Treinta y Nueve Este, un obrero llamado Pete Lascalle, yendo a su trabajo, recibió una puñalada en el corazón, de un agresor desconocido, que huyó. La policía no ha descubierto ningún motivo para asesinato.

¡Imposible!, fue la respuesta del señor Hale cuando le leí la noticia; pero el incidente pesó evidentemente en él, pues más tarde, el mismo día, con muchos epítetos contra su propia tontería, me pidió que comunicara el asunto a la policía. Tuve el placer de que el comisario se riera de mí, aunque me prometió que la vecindad de aquella esquina sería vigilada especialmente la noche antedicha. Así quedó la cosa, hasta que pasaron las dos semanas, y la siguiente nota nos llegó por correo:

Oficina de los Sicarios de Midas, 15 de octubre, 1899.
Señor Eben Hale, Plutócrata.
Muy señor nuestro:
Su segunda víctima cayó a su hora, según se planeó.
No tenemos prisa, pero para aumentar la presión, desde ahora mataremos semanalmente.
Para protegernos de las interferencias policiales, ahora le informaremos de las ejecuciones poco antes o simultáneamente al hecho.
Esperando que ésta lo encuentre a usted en buena salud, somos Ss. Ss. Ss.
Los Sicarios de Midas.

Esta vez fue el señor Hale el que tomó el diario, y después de breve búsqueda, me leyó esta noticia:

Un cobarde crimen

Josep Donahue, destinado a una guardia especial en la Sección Once, fue muerto a medianoche, de un tiro en la cabeza.
La tragedia ocurrió en la esquina de Polk y Avenida Clermont, a plena luz. En verdad que nuestra sociedad es poco estable cuando los guardianes de su paz pueden ser asesinados tan abierta y alevosamente. La policía no consiguió hasta ahora el menor indicio de una pista.

Apenas acababa de leer, cuando llegó la policía —el comisario con dos de sus hombres, en visible alarma y seriamente perturbados—. Aunque los hechos eran tan pocos y tan sencillos hablamos mucho, repitiéndonos una y otra vez. El comisario aseguró que pronto se arreglaría todo y que los criminales serían aplastados.

Mientras tanto juzgó conveniente poner una guardia para nuestra protección personal, y una patrulla para vigilancia continua de la casa y jardines. Una semana después, a la una de la tarde, recibimos este telegrama:

Oficina de los Sicarios de Midas, 21 de octubre, 1899.
Señor Eben Hale Plutócrata.
Muy señor nuestro:
Sinceramente lamentamos que usted nos haya interpretado tan mal.
Ha encontrado conveniente rodearse de guardias armados, como si fuéramos criminales comunes,

capaces de asaltarlo y arrancarle por la fuerza sus veinte millones.
Créanos: esto dista muchísimo de nuestra intención. Usted comprenderá, después de reflexionar un poco que su vida nos es preciosa. No tema. Por nada en el mundo le haremos daño. Es nuestra política protegerlo de todo peligro y cuidarlo usted con toda ternura. Su muerte no significa nada para nosotros. Si así no fuera, tenga seguridad de que no vacilaríamos en destruirlo. Piénselo bien, señor Hale. Cuando haya abonado nuestro precio tendrá que reducir los gastos. Desde ahora despida a sus guardias. Dentro de los diez minutos del momento en que reciba esto, una joven enfermera habrá sido estrangulada en el Parque Brentwood. El cuerpo se encontrará entre los arbustos, al borde de las senda que va hacia la izquierda del quiosco de música.
Cordialmente
Los Sicarios de Midas.

En seguida el señor de Hale avisó por teléfono al comisario. Quince minutos después, éste nos comunicó que el cadáver, todavía caliente, había sido hallado en el lugar indicado. Esa noche los diarios abundaban en chillones títulos sobre Jack el estrangulador, denunciaban lo brutal del hecho y se quejaban de la laxitud policial. Nos volvimos a encerrar con el comisario, que nos rogó mantener al asunto en secreto.
El éxito, dijo, dependía del silencio.
Como tú sabes, John, el señor Hale era hombre de hierro. Rehusaba rendirse. Pero, oh John, esa fuerza ciega en la oscuridad era terrible. No podíamos luchar, ni hacer planes, ni nada, sólo contener las manos y esperar. Semana tras semana, cierta como la salida del sol, venía la notificación y la muerte de alguna persona, hombre o mujer, inocente de todo mal, pero tan muerta por nosotros como si la matáramos con nuestras propias manos. Una palabra del señor Hale, y la matanza habría cesado. Pero él endureció su corazón y esperó; sus arrugas se ahondaron, sus ojos y la boca se afirmaron en severidad, y la cara envejeció. No hay ni qué hablar de mi sufrimiento en ese tremendo período.
Encontrarás aquí las cartas y los telegramas de los Sicarios de Midas y los artículos de los diarios.
También encontrarás las cartas advirtiendo al señor Hale de ciertas maquinaciones de enemigos comerciales y manipulaciones secretas con acciones. Los Sicarios de Midas parecían tener acceso a la intimidad de los negocios y de las finanzas. Nos comunicaban informaciones que ni siquiera nuestros agentes conseguían.
Una nota de ellos, en el momento crítico de un trato, ahorró al señor Hale cinco millones. En otra ocasión nos mandaron un telegrama que impidió que un anarquista exaltado quitara la vida a mi jefe. Capturamos al hombre en cuanto llegó y lo entregamos a la policía, que le encontró encima un poderoso y nuevo explosivo como para hundir un barco de guerra.
Persistimos. El señor Hale estaba resuelto a todo. Desembolsaba a razón de cien mil dólares semanales en servicio secreto. La ayuda de Pinkerton, de Holmes y de un sinnúmero de agencias particulares fue requerida; miles de hombres figuraban en nuestras listas de pago. Nuestros pesquisas pululaban por doquier, con todos los disfraces, investigando todas las clases sociales. Seguían millares de claves y pistas; centenares de sospechosos eran detenidos; y miles de otros sospechosos eran vigilados; nada tangible salió a luz. Para sus comunicaciones, los Sicarios de Midas cambiaban continuamente el método de envío.
Cada mensajero que mandaban era arrestado de inmediato. Pero siempre éstos demostraban ser

inocentes, mientras que sus descripciones de las personas que los enviaban nunca coincidían. El 31 de diciembre nos notificaron:

Oficina de los Sicarios de Midas, 31 de diciembre, 1899.
Señor Eben Hale, plutócrata.
Muy señor nuestro:
Siguiendo nuestra política —nos halaga que usted ya esté versado en ella— nos permitimos comunicarle que daremos un pasaporte, desde este Valle de Lágrimas, al comisario Bying, con quien, a causa de nuestras atenciones, usted llegó a relaciones tan estrechas. Acostumbra estar en su oficina a esta hora. Mientras usted lee esta carta, respira él su último aliento.
Cordialmente.
Los Sicarios de Midas.

Corrí al teléfono. Grande fue mi alivio cuando oí la simpática voz del comisario. Pero, mientras hablaba aún, su voz en el receptor terminó con un estertor, y oí, apenas, la caída de su cuerpo. Luego una voz extraña me dio los saludos de los Sicarios de Midas, y cortó.
Pedí con la oficina pública, para que socorrieran al comisario. Pocos minutos después supe que lo habían encontrado bañado en su propia sangre, y muriendo. No había testigos; no se encontraron huellas del asesino.
En consecuencia, el señor Hale aumentó de inmediato su servicio secreto hasta que un cuarto de millón fluía por sus arcas por semana. Estaba resuelto a ganar. Las recompensas ofrecidas llegaban a sumar más de diez millones de dólares. Tienes aquí una idea clara de sus recursos y de cómo los usaba sin tasa. Decía que luchaba por un principio.
Hay que admitir que sus actos probaban la nobleza de sus motivos. Los departamentos de policía de todas las grandes ciudades cooperaban con él, y aun el gobierno de los Estados Unidos entró en la lucha, y el asunto se convirtió en una de las principales cuestiones de Estado. Algunos fondos nacionales se dedicaron a descubrir a los Sicarios de Midas y todo agente del gobierno estuvo atento. Pero fue en vano. Los Sicarios de Midas golpeaban sin errar en su obra inevitable. Sin embargo, aunque el señor Hale luchaba hasta la muerte, no podía lavar sus manos de la sangre que las teñía. Aunque no era, técnicamente, un asesino, aunque ningún jurado de sus iguales pudiera acusarlo, no era por eso menos causante de la muerte de cada individuo. Como dije antes, una palabra suya habría detenido la matanza. Pero rehusaba decir esa palabra. Insistía en que la sociedad estaba amenazada, que él no era tan cobarde para desertar su puesto, y que era justo que unos cuantos fueran mártires por la prosperidad de los más. Pero la sangre caía sobre su cabeza, y él se hundía cada vez más en el abatimiento y la pena. Yo también estaba abrumado con la culpa de ser cómplice.
Niños eran asesinados sin piedad, y mujeres y ancianos; y no sólo eran locales estos crímenes, sino que se distribuían por todo el país. A mitad de febrero, una noche, mientras estábamos en la biblioteca, golpearon a la puerta con violencia. Respondí yo, encontrando sobre la alfombra del comedor esta misiva:

Oficina de los Sicarios de Midas, 15 de febrero, 1900.
Señor Eben Hale, plutócrata.

Muy señor nuestro:
¿No llora su alma por la roja cosecha que recoge? Quizás hemos sido demasiado abstractos en el manejo de nuestro negocio. Seamos ahora concretos. Miss Adelaide Laidlaw es una joven de talento, tan bondadosa, entendemos, como bella. Es la hija de su viejo amigo, el juez Laidlaw, y sabemos que usted la llevó en sus brazos cuando niña. Es la amiga más íntima de su hija y ahora está visitándola.
Cuando usted lea esto, la visita habrá terminado.
Muy cordialmente.
Los Sicarios de Midas.

Al instante comprendimos lo que significaba. Corrimos por la gran casa, sin hallar a la muchacha. La puerta de su departamento estaba cerrada con llave, pero la hundimos a empujones desesperados, y allí, vestida para la Opera, asfixiada con almohadones, todavía tibia y flexible, yacía casi viva. Deja que pase sobre este horror. Seguramente recordarás los relatos de los diarios.
Tarde, aquella misma noche, Eben Hale me citó, y ante Dios me juramentó solemnemente a quedarme con él y a no transigir, aunque la familia entera fuese destruida.
A la mañana siguiente me sorprendió su alegría. Yo había previsto que la tragedia última le produciría un hondo shock; pero ignoraba aún hasta que punto lo había afectado. Al otro día lo encontramos muerto en su cama, con una pacífica sonrisa en su rostro devastado por la congoja. Murió asfixiado. Con la connivencia de las autoridades se comunicó al mundo que se trataba de un ataque al corazón. Creímos juicioso ocultar la verdad.
Apenas dejé esa cámara de muerte, cuando —pero demasiado tarde— recibí la carta siguiente:
Oficina de los Sicarios de Midas, 17 de febrero, 1900.
Señor Eben Hale, plutócrata.
Muy señor nuestro:
Usted perdonará nuestra intrusión, tan poco después del triste evento de anteayer; pero lo que deseamos decirle puede ser de grandísima importancia para usted. Se nos ocurre que usted pueda intentar escapársenos. No hay sino un camino, en apariencia, como usted sin duda lo habrá descubierto. Pero queremos informarles que aún este único camino le está cerrado. Usted puede morir, pero reconociendo su fracaso.
Tome nota de esto: Somos parte y porción de sus posesiones. Con sus millones pasamos a ser sus herederos y cesionarios para siempre.
Somos lo inevitable. Somos la culminación de la injusticia industrial y social. Nos volvemos contra la sociedad que nos creó. Somos los fracasos triunfantes, los azotes de una civilización degradada. Somos las criaturas de una perversa selección social; combatimos a la fuerza con la fuerza. Sólo los fuertes perdurarán. Creemos en la supervivencia de los más aptos. Habéis hundido en la miseria a vuestros esclavos a sueldo y habéis sobrevivido. Los capitanes de guerra, a vuestras órdenes, fusilaron como a perros a vuestros obreros en tantas huelgas sangrientas. Por tales medios habéis durado.
No nos quejamos del resultado, porque reconocemos y tenemos nuestro ser en la misma ley natural. Ahora surge la cuestión: Bajo el presente medio social, ¿quién de nosotros sobrevivirá? Creemos ser los más aptos. Vosotros creéis ser los más aptos. Dejamos la eventualidad al tiempo

y a Dios.
Cordialmente.
Los Sicarios de Midas.

John, ¿te sorprendes ahora de que yo haya huido de placeres y amigos? Pero, ¿para qué explicar? Este relato aclarará todo. Hace tres semanas murió Adelaide Laidlaw. Desde entonces aguardé con esperanza y miedo. Ayer se abrió el testamento y se hizo público.

Hoy fui notificado que una mujer de clase media sería muerta en el Parque Puerta de Oro, en el lejano San Francisco. Los diarios de esta noche dan los detalles del crimen, que corresponden a los que yo conocía.

Es inútil. No puedo luchar contra lo inevitable. He sido leal al señor Hale y trabajé duro. Por qué mi lealtad se premia así, no entiendo. Sin embargo, no puedo faltar a la confianza puesta en mí, ni a la palabra dada. Ahora legué los muchos millones que recibí a sus poseedores legítimos. Que los robustos hijos de Eben Hale obren su propia salvación. Antes que leas esto, habré muerto. Los Sicarios de Midas son todopoderosos. La policía es impotente. Supe por ella que otros millonarios han sido multados y perseguidos del mismo modo. ¿Cuántos?, no se sabe, pues si uno cede a los Sicarios de Midas, su boca queda sellada. Los que no cedieron aún, están recogiendo su cosecha escarlata. El torvo juego sigue hasta el fin. El Gobierno Federal no puede hacer nada. También entiendo que organizaciones similares han hecho su aparición en Europa.

La sociedad está sacudida hasta sus cimientos. En vez de las masas contra las clases, es una clase contra las clases. Nosotros, los guardianes del progreso humano, somos elegidos y golpeados. La ley y el orden han fracasado. Las autoridades me suplicaron que guardara este secreto. Lo hice, pero ya no puedo callarlo. Se ha transformado en cuestión de importancia pública, llena de tremendos peligros y consecuencias, y mi deber es informar al mundo, antes de abandonarlo.

Tú, John, por mi último pedido, publica esto. No temas. El destino de la humanidad está ahora en tus manos. Que la prensa tire millones de ejemplares, que la electricidad lo difunda por el mundo, que donde los hombres se encuentren y hablen, hablen de ello temblando de terror. Y entonces, cuando estén bien despiertos, que la sociedad se alce con toda su potencia y arroje de sí esta abominación.

Tuyo, en largo adiós
Wade Atsheler.

La sombra y el relámpago

Cuando reflexiono, comprendo lo peculiar de aquella amistad. Uno era Lloyd Inwood, alto, esbelto, de magnífica contextura, nervioso y moreno. El otro, Paul Tichlorne, alto, esbelto, de magnífica contextura, nervioso y rubio.

Cada uno era la réplica del otro en todo, salvo en el color. Los ojos de Lloyd eran negros; los de Paul, azules. En momentos de excitación intensa, la sangre hacía asumir un tono oliváceo al rostro de Lloyd, carmesí al de Paul. Pero, fuera de esta cuestión de color, eran tan iguales como dos gotas de agua. Ambos estaban siempre tensos como las cuerdas de un violín, y vivían inclinados al exceso y a la resistencia, en un estado de desusada vivacidad. Pero había un tercero implicado en esta relación notable, y era bajo, grueso, rechoncho y perezoso y, lamento decirlo, era yo. Paul y Lloyd parecían nacidos para rivalizar entre sí, y yo para reconciliarlos. Los tres crecimos juntos, y muy a menudo yo recibí los golpes furibundos que cada uno de ellos le destinaba al otro. Siempre estaban compitiendo, luchando para sobrepasar al otro, y cuando entraban en este tipo de lucha, ni su empeño ni su pasión tenían límite.

Este intenso espíritu de rivalidad se manifestaba en sus estudios y en sus juegos. Si Paul memorizaba un canto de "*Marmion*" Lloyd memorizaba dos, Paul replicaba con tres y Lloyd de nuevo con cuatro, hasta que cada uno se aprendía el poema entero de memoria. Recuerdo un incidente que ocurrió en el lugar donde íbamos a nadar —un incidente trágicamente significativo de la lucha mortal entre los dos —. Los muchachos de nuestro grupo teníamos un juego que consistía en sumergimos hasta el fondo de un estanque de más de tres metros de profundidad, para ver quién resistía más tiempo debajo del agua, tomado de alguna raíz.

Paul y Lloyd no pudieron sustraerse al desafío de descender juntos. Cuando vi la expresión resuelta y obstinada de sus rostros, tuve un presentimiento terrible. Los minutos se sucedían, las ondas se aquietaban, la superficie del estanque se tornó tranquila y calma, y ninguna cabeza, ni negra ni dorada, irrumpió en la superficie en busca de aire. Los que estábamos arriba nos preocupamos. El récord del muchacho con mayor capacidad respiratoria ya había sido superado, y todavía no había señales. Las burbujas de aire subían lentamente a la superficie, demostrando que los pulmones expelían; luego, también las burbujas cesaron. Cada segundo se hacía interminable; incapaz de soportar el suspenso, me zambullí.

Los encontré en el fondo, aferrados con fuerza a las raíces, con las cabezas a treinta centímetros de distancia, los ojos desmesuradamente abiertos, cada uno mirando fijamente al otro. Mientras se retorcían y contorsionaban en las torturas de una asfixia voluntaria, sufrían atrozmente; ninguno de los dos estaba dispuesto a abandonar y reconocerse derrotado. Intenté hacer soltar la raíz a Paul, pero se resistió furiosamente. Entonces perdí el aliento, y, muy asustado, subí a la superficie. Rápidamente expliqué la situación, y media docena de muchachos nos zambullimos. A la fuerza, los obligamos a soltarse. Cuando logramos sacarlos, los dos se habían desvanecido, y sólo después de hacerlos rodar, friccionarlos y golpetearlos, logramos que volvieran en sí. Si nadie hubiera intervenido, se hubieran ahogado allí mismo.

Cuando Paul Tichlome ingresó en la universidad, dejó creer a todos que iba a estudiar ciencias sociales. Lloyd Inwood, que ingresó en la misma época, eligió el mismo curso. Pero Paul siempre

había pensado secretamente estudiar ciencias naturales, especializándose en química, y a último momento cambió de curso. Aunque Lloyd ya había arreglado su año de trabajo y asistido a sus primeras clases, inmediatamente siguió a Paul y se matriculó en ciencias naturales, en la especialidad química. La rivalidad entre ambos pronto se puso de manifiesto en la universidad. Cada uno era un acicate para el otro, y se dedicaron a la química con mayor profundidad que cualquier estudiante hasta ese momento —con tanta profundidad, en realidad, que cuando recibieron sus diplomas podían haber puesto en un aprieto a cualquier profesor de química o del instituto de agricultura de la universidad, con excepción del "viejo" Moss, director del departamento.

Más de una vez, hasta a él lo dejaron perplejo y admirado. El descubrimiento de Lloyd del "bacilo de la muerte" del sapo marino, y sus experimentos con cianuro de potasio, otorgaron fama mundial a su nombre y a la universidad. Pero Paul no se quedó ni un milímetro atrás cuando logró obtener en el laboratorio coloides que reproducían las actividades de la ameba, y cuando arrojó una luz sobre los procesos de fertilización a través de sus asombrosos experimentos con formas inferiores de vida marina, a las que aplicaba simples soluciones de cloruro de sodio y de magnesio.

Sin embargo, fue en sus días estudiantiles, en medio de sus inmersiones en los más profundos misterios de la química orgánica, cuando Doris van Benschoten apareció en sus vidas. Lloyd la conoció primero, pero en el lapso de veinticuatro horas Paul se las arregló para que le fuera presentada. Por supuesto, ambos se enamoraron de ella, y se convirtió en lo único por lo que valía la pena vivir. La cortejaron con igual fuego y pasión, y su lucha por ella fue tan intensa que la mitad del estudiantado comenzó a hacer desatinadas apuestas por el resultado. Hasta el "viejo" Moss, un día, después de haber asistido en su laboratorio privado a una sorprendente demostración de Paul, apostó un mes de sueldo a que Paul se casaba con Doris van Benschoten.

Al final ella resolvió el problema a su manera, con la aprobación de todos salvo la de sus dos pretendientes. Los reunió y les dijo que realmente no podía elegir entre los dos porque los amaba por igual; y que, lamentablemente, ya que la poliandria no estaba permitida en los Estados Unidos, se veía obligada a renunciar al honor y la felicidad de casarse con uno de los dos. Cada uno culpó al otro por este final lamentable, y el rencor entre los dos se acentuó. Pero las cosas llegaron bien pronto a la cúspide. Fue después de haber obtenido sus diplomas y de haberse apartado del mundo, cuando el principio del fin comenzó. Ambos eran hombres de fortuna, con pocos deseos y ninguna necesidad de desempeñar una vida profesional. Mi amistad y la animosidad que se profesaban eran las dos cosas que les unían. Si bien me venían a visitar muy a menudo, ponían un puntilloso cuidado en evitarse en esas visitas, aunque era inevitable, dadas las circunstancias, que coincidieran ocasionalmente.

El día a que me refiero, Paul Tichlorne había pasado toda la mañana en mi estudio, perdido en la lectura de una revista científica. Esto me permitió dedicarme a mis propios asuntos, y cuando llegó Lloyd Inwood yo estaba afuera entre mis rosas. Mientras recortaba, podaba y sujetaba las enredaderas en el porche, con la boca llena de clavos, Lloyd me seguía y me ayudaba de tanto en tanto. Comenzamos a discutir la mítica raza de los invisibles, esa extraña gente errante acerca de la cual la tradición ha conservado el recuerdo. Lloyd se entusiasmó con la conversación a su manera nerviosa, espasmódica, y muy pronto se puso a indagar en la naturaleza física y las posibilidades de la invisibilidad. Afirmó que un objeto perfectamente negro podía eludir y desafiar la visión más

aguda.
—El color es una sensación —decía—. Carece de realidad objetiva. Sin luz, no podemos ver ni los colores ni los objetos mismos. Todos los objetos son negros en la oscuridad, y en la oscuridad es imposible verlos. Si ninguna luz choca contra ellos, entonces ninguna luz puede reflejarse ni volver al ojo, de manera que no tenemos ninguna manifestación visible de su existencia.
—Pero vemos objetos negros a la luz del día —objeté.
—Muy cierto —repuso acaloradamente—. Y eso es porque no son perfectamente negros. Si fueran perfectamente negros, absolutamente negros, no podríamos verlos. ¡No podríamos verlos ni en el esplendor de mil soles! De modo que yo digo que con los pigmentos apropiados, adecuadamente mezclados, se podría producir una pintura absolutamente negra que tornaría invisible cualquier objeto al que fuera aplicada.
—Sería un descubrimiento notable —dije sin comprometerme, porque toda la cuestión parecía demasiado fantasiosa, incapaz de conducir a nada que no fuera meramente especulativo.
—¡Notable! —Lloyd me dio una palmada en la espalda—. ¡Ya lo creo! Viejo, cubrirme con semejante pintura sería poner el mundo a mis pies. Los secretos de los reyes y las cortes serían míos, las maniobras de los especuladores de bolsa, los planes de los grupos y sociedades financieras. Tendría acceso a las pulsaciones internas de las cosas, y me convertiría en el mayor poder del mundo. Y yo… —se interrumpió bruscamente y luego agregó— bueno, ya he comenzado mi experimento y puedo decirte que estoy en la línea justa.
Una risa en el vano de la puerta nos sobresaltó. Paul Tichlorne estaba parado allí, con una sonrisa burlona en los labios.
—Te olvidas, mi querido Lloyd —dijo.
—¿Me olvido qué?
—Olvidas —siguió diciendo Paul— ah, olvidas la sombra.
El rostro de Lloyd se nubló pero respondió despectivamente: —Puedo usar una sombrilla, sabes—. Después lo encaró súbita y ferozmente: —Mira, Paul, si sabes lo que te conviene, será mejor que te mantengas alejado de esta cuestión—. La ruptura parecía inminente, pero Paul se rió con buen humor.
—No pienso poner las manos en tus sucios pigmentos. Aun cuando obtuvieras resultados superiores a tus expectativas más optimistas, siempre chocarías con la sombra. No puedes escaparle. Yo voy a proceder en la dirección opuesta. La sombra será eliminada de la naturaleza misma de mi teoría.
—¡La transparencia! —profirió Lloyd instantáneamente—. Pero no puede obtenerse.
—Oh, no; por supuesto que no. —Y Paul se encogió de hombros y se marchó por el sendero de rosas silvestres.
Éste fue el comienzo. Ambos abordaron el problema con toda la tremenda energía que los caracterizaba, y con un rencor y encono que me hizo temer el éxito de uno de los dos. Cada uno depositó en mí la máxima confianza, y en las largas semanas de experimentación que siguieron me convertí en confidente de ambos, escuché sus teorías y presencié sus demostraciones. Pero nunca, ni con palabras, ni con señas de ningún otro tipo, transmití a uno el menor indicio del progreso del otro, y ambos me respetaron por mi silencio.
Lloyd Inwood, después de trabajar larga e ininterrumpidamente, tenía un extraño método para encontrar alivio cuando la tensión física y mental era excesiva: comenzó a frecuentar encuentros de

pugilato. Fue durante el curso de una de esas brutales exhibiciones a la que me había arrastrado para comunicarme los últimos resultados de sus investigaciones, cuando su teoría recibió una confirmación sorprendente.

—¿Ves a aquel hombre de patillas rojas? —me preguntó, señalando a través del ring la quinta hilera de asientos del lado opuesto—. Y ¿ves a su vecino, el del sombrero blanco? Bueno, hay un cierto espacio entre los dos, ¿no es cierto?

—Seguro —contesté—. Están separados por un asiento. El asiento vacío es el claro entre los dos.

Lloyd se inclinó hacia mí y me habló seriamente.

—Entre el hombre de las patillas rojas y el del sombrero blanco está sentado Ben Wasson. Me has oído hablar de él. Es el mejor pugilista del país en su categoría. Además es negro, del Caribe, de pura raza, el más negro de los Estados Unidos. Tiene puesto un sobretodo negro completamente abotonado. Lo vi cuando entró y ocupó el asiento. Apenas se sentó, desapareció. Míralo con atención; tal vez sonría.

Ya iba a atravesar la sala para verificar la afirmación de Lloyd, pero éste me contuvo. —Espera— dijo.

Esperé y observé, hasta que el hombre de las patillas rojas dio vuelta la cabeza, como si se estuviera dirigiendo al asiento vacío; y entonces, en aquel lugar desocupado, vi girar lo blanco de un par de ojos, y la doble medialuna de dos filas de dientes blancos, y por un instante pude columbrar la cara de un negro. Pero cuando la sonrisa hubo terminado, también lo hizo su visibilidad, y el asiento volvió a parecer vacío.

—Si fuera perfectamente negro, podrías sentarte al lado de él sin verlo —dijo Lloyd; y confieso que la demostración me dejó casi convencido.

Después visité varias veces el laboratorio de Lloyd y lo encontré siempre empeñado en la búsqueda del negro absoluto. Sus experimentos se extendieron a toda clase de pigmentos, como el humo negro, el alquitrán, el tizne de grasas y aceites, y diversas sustancias vegetales y animales carbonizadas.

—La luz blanca se compone de los siete colores primarios —sostuvo—. Pero en sí misma, por sí misma es invisible. Sólo al ser reflejada por los objetos, ésta y los objetos se vuelven visibles. Pero sólo se vuelve visible la parte reflejada. Por ejemplo, he aquí una tabaquera azul. La luz blanca da contra ella y, con una excepción, todos los colores que la componen —violeta, índigo, verde, amarillo, naranja y rojo— son absorbidos. La única excepción es el *azul*. No es absorbido sino reflejado. Por esa razón la tabaquera nos da la sensación de azul. No vemos los otros colores porque están absorbidos. Vemos sólo el azul. Por la misma razón, el pasto es *verde*. Las verdes olas de la luz blanca alcanzan nuestros ojos.

—Cuando pintamos nuestras casas, no les aplicamos color —me dijo en una oportunidad—. Lo que hacemos es aplicar ciertas sustancias que tienen la propiedad de absorber todos los colores de la luz blanca menos aquellos que queremos que tomen nuestras cosas. Cuando una sustancia refleja al ojo todos los colores, nos parece blanca. Cuando absorbe todos los colores, es negra. Pero, como dije antes, todavía no tenemos el negro perfecto. *Todos* los colores no son absorbidos. El negro perfecto, siempre que se guarde de una luz intensa, será total y absolutamente invisible. Mira eso, por ejemplo.

Señaló la paleta que estaba en su mesa de trabajo. Había pigmentos negros de diversos matices. A uno en particular sólo logré verlo con dificultad. Trasmitió a mis ojos una sensación borrosa, y yo me

los froté y volví a mirar.
—Ese —me dijo solemnemente— es el negro más negro que tú o cualquier otro mortal hayan visto jamás. Pero espera, y obtendré un negro tan negro que nadie en el mundo logrará verlo, por mucho que lo mire.
Por otra parte, acostumbraba a encontrar a Paul Tichlorne sumergido profundamente en el estudio de la polarización de la luz, la difracción y la interferencia, la difracción simple y doble, y toda suerte de extraños compuestos orgánicos.
—La transparencia: un estado o cualidad del cuerpo que permite que todos los rayos de la luz lo atraviesen —fue la definición que me proporcionó—. Eso es lo que estoy buscando. Lloyd desatina con su opacidad perfecta. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no arroja sombra; tampoco refleja ondas luminosas —me refiero a la transparencia perfecta—. Por lo tanto, un cuerpo semejante, que evita la luz, no proyecta sombra alguna, sino que refleja luz y, en consecuencia, es invisible.
En otra ocasión, mientras nos hallábamos sentados junto a la ventana, Paul pulía algunas lentes que estaban alineadas en el antepecho. De pronto, después de una pausa en la conversación, dijo:
—Oh, se me cayó una lente. Saca la cabeza afuera, viejo, y fíjate adonde fue a parar.
Traté de asomar la cabeza, pero un golpe seco en la frente me obligó a retroceder. Me froté la frente lastimada, y miré con aire de reproche a Paul, que se reía gozoso como un chico.
—¿Y bien? —dijo.
—¿Y bien? —le hice eco.
—¿Por qué no investigas? —reclamó.
Y yo investigué. Antes de sacar la cabeza afuera, mis sentidos, automáticamente activos, me habían indicado que allí no había nada, que nada se interponía entre el exterior y yo, que la apertura de la ventana estaba totalmente vacía. Extendí la mano y percibí un objeto duro, liso, fresco y chato, que mi tacto me dijo que era vidrio. Miré de nuevo, pero no pude ver absolutamente nada.
—Arena blanca de cuarzo —dijo Paul rápidamente—, carbonato de sodio, cal muerta, vidrio desecho, peróxido de manganeso, ahí lo tienes, el mejor plato francés fabricado por la gran compañía St. Gobain que fabrica los mejores platos del mundo, y ésta es la pieza más perfecta que hayan hecho jamás. Cuesta una fortuna. Pero ¡míralo! No puedes verlo. No sabes que está ahí hasta que te golpeas la cabeza contra él.
—Eh, mi viejo, pero esto no es más que un objeto para hacer demostraciones. Ciertos elementos, de por sí opacos, oportunamente mezclados, permiten obtener un cuerpo transparente. Pero éstas, diría, son las propiedades de la química inorgánica. Muy cierto. Pero me atrevo a afirmar, parado aquí, sobre mis dos pies, que en lo orgánico puedo duplicar lo que ocurre en lo inorgánico.
—¡Aquí! —y me mostró a contraluz una probeta que contenía un líquido turbio y opaco. Vació en él el contenido de otra probeta, y casi inmediatamente el líquido se volvió claro y resplandeciente.
—¡O aquí! —con movimientos rápidos y nerviosos tomó una de sus probetas y transformó una solución blanca en una color vino, y una amarillo pálida en marrón oscuro. Dejó caer un pedacito de papel de tornasol en un ácido que se volvió instantáneamente rojo, después lo puso en un álcali y se volvió azul inmediatamente.
—El papel de tornasol es todavía papel de tornasol —expuso en el tono solemne de un conferencista —. No lo he convertido en otra cosa. Entonces ¿qué hice? Simplemente, cambié la disposición de las

moléculas. Mientras primero absorbía todos los colores de la luz menos el rojo, su estructura molecular fue cambiada de modo tal que absorbió el rojo y todos los colores menos el azul. Y así, siguiendo hasta el infinito. Ahora, lo que me propongo hacer es lo siguiente. —Se detuvo un momento —. Me propongo descubrir los reactivos apropiados, que, actuando en el organismo viviente, produzcan cambios moleculares análogos a los que acabas de presenciar. Pero estos reactivos que voy a descubrir y sobre cuya pista estoy no van a cambiar la estructura molecular al azul o al rojo o al negro: le van a dar la transparencia. Toda la luz lo va a atravesar. Va a ser invisible. No va a arrojar ninguna sombra.

Unas semanas después salí de caza con Paul. Me había estado prometiendo desde hacía algún tiempo que tendría el placer de cazar con un perro extraordinario —el perro más extraordinario, en realidad, con el que jamás hombre alguno había cazado, así me lo aseguró y continuó asegurándomelo hasta que logró despertar mi curiosidad. Pero la mañana en cuestión me decepcioné, porque no había ningún perro a la vista.

—No se lo ve por acá —señaló Paul despreocupadamente, y salimos por los campos.

En ese momento yo no podía imaginar qué me estaba inquietando, pero tenía la sensación de alguna enfermedad mortal que me amenazaba. Tenía los nervios trastornados y, a partir de los sorprendentes trucos que habían desplegado ante mí, mis sentidos parecían enloquecidos. Me perturbaban sonidos extraños. A veces sentía el susurro del pasto pisoteado, y una vez ruido de pasos en una franja pedregosa de terreno.

—¿Escuchaste algo, Paul? —le pregunté en una oportunidad.

Pero él sacudió la cabeza y siguió caminando imperturbable.

Mientras trepábamos una cerca, escuché el gemido débil y ansioso de un perro, que provenía aparentemente de no más de dos pasos de distancia, pero al mirar en torno no vi nada.

Me dejé caer al suelo, débil y tembloroso.

—Paul —dije— mejor que volvamos a casa. Creo que estoy por enfermarme.

—Tonterías, mi viejo —me contestó—. Se te ha subido el sol a la cabeza como si fuera vino. En seguida vas a estar bien. El día es fantástico. Pero al pasar por un angosto sendero de álamos algo me rozó las piernas; tropecé y estuve a punto de caer. Me volví hacia Paul con súbita inquietud.

—¿Qué te pasa? —me preguntó—. ¿Tropezando con tus propios pies?

Mantuve la lengua entre los dientes y seguí caminando, pero estaba muy confuso y totalmente convencido de que una enfermedad sutil y misteriosa me había atacado los nervios. Hasta el momento, mi vista se había salvado; pero cuando llegamos a campo abierto otra vez, hasta la vista me traicionó. En el sendero delante de mí empezaron a aparecer y desaparecer extraños relámpagos multicolores, luces iridiscentes. Sin embargo, logré controlarme hasta que las luces multicolores persistieron durante unos veinte segundos, bailando y centelleando en un juego continuo. Entonces me senté, débil y vacilante.

—No puedo más —dije jadeando, mientras me cubría los ojos con las manos—. Me atacó los ojos, Paul. Llévame a casa.

Pero Paul se rió con ganas.

—¿Qué te dije? El perro más extraordinario, ¿eh? Bueno, ¿qué te parece?

Se volvió hasta el otro lado y empezó a silbar. Sentí ruido de pisadas, el jadeo de un animal

acalorado, y el inconfundible gañido de un perro. Entonces Paul se agachó y aparentemente acarició el aire.
—¡Aquí! ¡Dame la mano!
Y pasó mi mano por la nariz fría y las quijadas de un perro. Indudablemente se trataba de un perro, con la estructura y el pelo liso y corto de un pointer.
Es innecesario decir que recuperé el ánimo de inmediato. Paul puso un collar en el cuello del animal y le ató su pañuelo a la cola. Y así nos fue otorgada la extraordinaria visión de un collar vacío y un pañuelo ondulante que saltaba por los campos. Era un espectáculo digno de verse el collar y el pañuelo que paraban una banda de codornices en un grupo de robinias y permanecían rígidos e inmóviles hasta que habíamos disparado a las aves.
De vez en cuando, el perro emitía los relámpagos de luces multicolores que he mencionado. Lo único que —Paul me explicó— no había previsto y que, no dudaba, podría subsanarse.
—Son una gran familia —dijo— estos perros del viento, arco iris, aureolas y parhelinas. Se producen por la refracción de la luz en los cristales minerales y del hielo, en la niebla, la lluvia, el rocío e infinidad de cosas; y me temo que sean la multa que debo pagar por la transparencia. Me escapé de la sombra de Lloyd sólo para vérmelas con el relámpago del arco iris.
Un par de días más tarde, antes de entrar al laboratorio de Paul, me topé con un hedor atroz. Era tan espantoso que me resultó fácil descubrir su proveniencia: una masa de una sustancia en putrefacción que en líneas generales se parecía a un perro.
Paul se alarmó después de analizar el hallazgo: era su perro invisible, o, mejor dicho, lo que había sido su perro invisible, porque ahora resultaba claramente visible. Había estado jugando por ahí hasta hacía pocos minutos, todo salud y vigor. Un examen más detenido reveló que el cráneo había sido aplastado por un fuerte golpe. Si bien resultaba extraño que el animal hubiera muerto, lo inexplicable era que se pudriera tan rápido.
—Los reactivos que le inyecté son inocuos —me explicó Paul—. Sin embargo son muy poderosos, y parece que cuando sobreviene la muerte provocan una descomposición casi instantánea. ¡Notable! ¡Sumamente notable! Bueno, lo único que hay que hacer es no morir. No causan daño mientras uno no muera. Pero me pregunto quién le aplastó la cabeza a este perro.
Sin embargo, la luz se hizo sobre esta cuestión cuando una atemorizada criada anunció que Gaffer Bedshaw había enloquecido violentamente esa misma mañana, hacía no más de una hora, y estaba amarrado en el pabellón de caza, donde deliraba acerca de una batalla que había librado contra una bestia feroz y gigantesca que había hallado en la pradera de Tichlorne. Sostenía que la cosa, fuera lo que fuera, era invisible, que había visto con sus propios ojos que era invisible; por lo cual su llorosa mujer e hijas sacudían la cabeza, lo que lo encolerizaba aún más, y el jardinero y el cochero le sujetaron las correas más fuerte todavía.
Mientras Paul Tichlorne profundizaba así el problema de la invisibilidad, Lloyd Inwood no se quedaba atrás. Fui a su casa en respuesta a un mensaje que me envió, en el que me pedía que lo visitara para mostrarme los progresos que estaba haciendo. Ahora su laboratorio ocupaba un lugar aislado en medio de sus vastas propiedades. Estaba construido en un agradable claro, rodeado de un espeso bosquecillo. Se llegaba a él tras recorrer un sendero sinuoso.
Yo había transitado tantas veces ese sendero que ya lo conocía a la perfección; imaginad entonces mi

sorpresa cuando llegué al claro y no hallé laboratorio alguno. La primorosa construcción con su chimenea de piedra roja había desaparecido. No había señales de que jamás hubiera existido. Ni ruinas, ni escombros, nada.
Empecé a caminar hacia donde había estado el edificio. Aquí —me dije— debería estar el escalón que conducía a la puerta.
Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando mi pie se topó con un obstáculo, tropecé hacia adelante y me golpeé la cabeza con algo que *parecía* muy similar a una puerta. Estiré la mano. *Era* una puerta. Encontré la perilla y la hice girar. E inmediatamente, cuando la puerta rotó sobre sus goznes, se me apareció íntegro ante la vista el interior del laboratorio. Saludé a Lloyd, cerré la puerta y retrocedí unos pasos por el sendero. El edificio no se veía. Cuando volví y abrí la puerta, todos los muebles y los detalles del interior se hicieron visibles inmediatamente. La súbita transición del vacío a la luz y la forma y el color resultaban sin duda sobrecogedores.
—¿Qué te parece, eh? —me preguntó Lloyd mientras me estrechaba la mano—. Pasé un par de manos de negro absoluto por el exterior ayer a la tarde, para ver qué tal funcionaba. ¿Cómo está tu cabeza? Te golpeaste bastante fuerte, me imagino.
—No importa eso —interrumpió mis felicitaciones—. Tengo algo mejor para ti.
Mientras hablaba empezó a desvestirse, y cuando estuvo desnudo delante de mí, me puso en las manos un pote y un pincel y me dijo:
—Dame una mano de esto.
Era una sustancia aceitosa, similar a la goma laca, que se extendía fácil y rápidamente sobre la piel y se secaba de inmediato.
—Una simple precaución preliminar —me explicó cuando hube terminado—. Pero ahora pasemos a la verdadera sustancia.
Tomé otro pote que él me indicaba, y miré adentro pero no vi nada.
—Está vacío —dije.
—Mete un dedo.
Obedecí, y experimenté una sensación de humedad fría. Al sacar la mano miré el dedo índice, el que había sumergido, pero ya no estaba. Lo moví, y me di cuenta, por la tensión y relajación alternada de los músculos, que lo estaba moviendo, pero desafiaba a mi sentido de la vista. Aparentemente, me habían amputado un dedo; yo no tenía ninguna impresión visual del dedo hasta que lo extendí a la luz y vi su sombra claramente delineada contra el suelo.
Lloyd emitió una risita: —Ahora, extiéndela y mantén los ojos abiertos.
Sumergí el pincel en el pote aparentemente vacío y le di una gran pincelada en el tórax. La carne iba desapareciendo bajo el pincel. Pinté su pierna izquierda y se convirtió en un hombre de una sola pierna que desafiaba todas las leyes de gravedad. Y entonces, pincelada tras pincelada, miembro tras miembro, pinté a Lloyd Inwood hacia la nada. Fue una experiencia pavorosa y me alegré cuando sólo quedaron a la vista sus llameantes ojos negros, aparentemente suspendidos en el aire.
—Tengo una solución refinada e inocua para ellos —dijo—. Una vaporización con un rociador, y *¡presto!* ya no estoy.
Cumplida esta tarea con habilidad, dijo: —Ahora me voy a mover por la habitación, y tú dime qué sensaciones experimentas.

—En primer lugar no puedo verte —dije, y pude escuchar su alegre risa desde el centro del vacío—. Por supuesto —continué— no puedes escapar a tu sombra, pero eso era de esperarse. Cuando pasas entre mi vista y un objeto, el objeto desaparece, pero su desaparición es tan inusitada e incomprensible que me parece que tuviera la vista borrosa. Cuando te mueves rápidamente, la sucesión de estos fenómenos crea un efecto desconcertante. Esa sensación de trazos borrosos me hace doler los ojos y me cansa el cerebro.

—¿Tienes otros indicios de mi presencia?

—Sí y no —respondí—. Cuando estás cerca de mí tengo una sensación como la que producen los depósitos húmedos, las criptas sombrías y las minas profundas. Y así como los marinos presienten la tierra en las noches oscuras, creo que siento así la presencia de tu cuerpo. Pero todo esto es demasiado vago e intangible.

Charlamos mucho en su laboratorio esa última mañana; y cuando volví para irme, puso su mano invisible en la mía y la estrechó nerviosamente. Dijo: —¡Ahora conquistare el mundo! Y no me atreví a decirle que Paul Tichlorne había obtenido un éxito análogo. En casa encontré una nota de Paul en la que me pedía que fuera inmediatamente, y ya era pasado el medio día cuando llegué a su calzada privada en mi vehículo. Paul me llamó desde su cancha de tenis, y yo bajé y me dirigí a su lado. Pero el campo estaba vacío. Cuando estaba parado allí, con la boca abierta, una pelota de tenis me golpeó el brazo. Cuando me di vuelta, otra pelota de tenis pasó zumbando junto a mi oreja. Aunque no pude ver a mi atacante, las pelotas me llegaron desde el espacio, y debo advertir que realmente fui acribillado por ellas. Pero cuando las pelotas que ya me habían golpeado empezaron a volver, comprendí la situación. Asiendo una raqueta y manteniendo los ojos abiertos vi un relámpago de luces irisadas que aparecía y desaparecía, volando sobre la tierra. Me lancé tras él y cuando le hube asestado una media docena de sólidos golpes con la raqueta, escuché resonar en mis oídos la voz de Paul:

—¡Suficiente! ¡Suficiente! ¡Oh! ¡Ouch! ¡Ouch! ¡Basta! ¡Me estás golpeando en la piel desnuda, sabes! ¡Au! ¡Me voy a portar bien! ¡Me voy a portar bien! Sólo quería mostrarte mi metamorfosis —dijo lastimeramente, y me lo imaginé frotándose las heridas.

Pocos minutos después estábamos jugando al tenis con una cierta desventaja de mi parte, porque yo no podía conocer su posición, excepto cuando todos los ángulos entre él, el sol y yo estaban en la conjunción adecuada. Entonces y sólo entonces relampagueaba. Pero los relámpagos eran más brillantes que el arco iris: el azul más puro, el más delicado de los violetas, el amarillo más brillante y todas las tonalidades intermedias, con el brillo centelleante del diamante que enceguecía con su iridiscencia deslumbrante.

Pero en medio de nuestro juego sentí cierto frío desapacible, que me recordó las minas profundas y las tumbas lóbregas, un frío como el que había experimentado esa mañana. En seguida, cerca de la red, vi una pelota que saltaba en medio del aire, y al mismo tiempo, una veintena de pasos más allá, Paul Tichlorne emitió un relámpago irisado.

No podía ser él quien había hecho rebotar la pelota, y con un espantoso temor comprendí que Lloyd Inwood había entrado en escena. Para asegurarme, busqué su sombra, y allí estaba: la circunferencia de su cuerpo era un borrón informe que se movía bien visible sobre la tierra. Recordé su desafío, y tuve la certeza de que todos los largos años de rivalidad estaban a punto de culminar en una batalla

sin precedentes.
Lancé a Paul un grito de advertencia; escuché un gruñido bestial, que recibió otro parecido como respuesta. Vi el oscuro manchón moverse rápidamente por la cancha de tenis, y un brillante estallido de luces multicolores que iba a su encuentro con igual celeridad; después el relámpago y la sombra se unieron y hubo el sonido sofocado de golpes invisibles. Ante mis ojos atemorizados, la red cayó.
Me lancé hacia los contendientes gritando:
—¡Por el amor de Dios!
Pero sus cuerpos entrelazados golpearon contra mis rodillas y me derribaron.
—¡No te entrometas, viejo! —escuché la voz de Lloyd Inwood desde el vacío. Luego la voz de Paul gritando:
—¡Sí, ya hemos tenido bastante de reconciliaciones!
Por el lugar de donde provenían sus voces supe que se habían separado. No pude localizar a Paul, y me acerqué entonces a la sombra que representaba a Lloyd. Pero del otro lado me llegó un golpe en la mandíbula que me hizo tambalear, y escuché la voz de Paul que gritaba enfurecido:
—¿Vas a seguir entrometiéndote ahora?
Entonces se trenzaron de nuevo; el impacto de los golpes, los gemidos y jadeos que emitían, y los rápidos relámpagos y los repentinos movimientos de la sombra no dejaban lugar a dudas acerca de la ferocidad de la lucha.
Pedí ayuda a gritos, y Gaffer Bedshaw vino corriendo a la cancha de tenis. Mientras se acercaba noté que me miraba extrañado, pero chocó con los contrincantes y se cayó de cabeza al suelo.
Con un alarido desesperado y un grito de:
—¡Oh, Señor, los tengo! —se puso de pie y salió corriendo enloquecido.
Nada podía hacer, de manera que me senté a mirar, fascinado e impotente. El sol del mediodía golpeaba con rayos implacables la cancha desnuda.
Y *estaba* desnuda. Todo lo que se podía ver era el manchón de la sombra y los relámpagos irisados, el polvo que levantaban los pies, invisibles, la tierra arrancada por el esfuerzo de la violenta lucha, y la red metálica que se combaba cada vez que los cuerpos golpeaban contra ella. Eso era todo, pero también cesó después de un tiempo.
No hubo más relámpagos, y la sombra ahora inmóvil asumió una forma alargada; recordé entonces la resolución que había en sus rostros infantiles cuando se aferraban a las raíces en la fresca profundidad del estanque.
Me encontraron una hora después. Los sirvientes tuvieron ciertos indicios de lo sucedido y abandonaron el servicio de Tichlome en bloque. Gaffer Bedshaw nunca se recuperó de la segunda impresión recibida y está confinado en un manicomio sin ninguna esperanza de cura. Los secretos de su maravilloso descubrimiento murieron con Lloyd y Paul, y los respectivos laboratorios fueron destruidos por sus desconsolados parientes. En cuanto a mí, ya no me interesa la investigación química, y la ciencia es un tema prohibido en mi casa. He vuelto a mis rosales. Los colores de la naturaleza me bastan.

JACK LONDON (San Francisco, 1876 - 1916).